

BOLSILIBROS

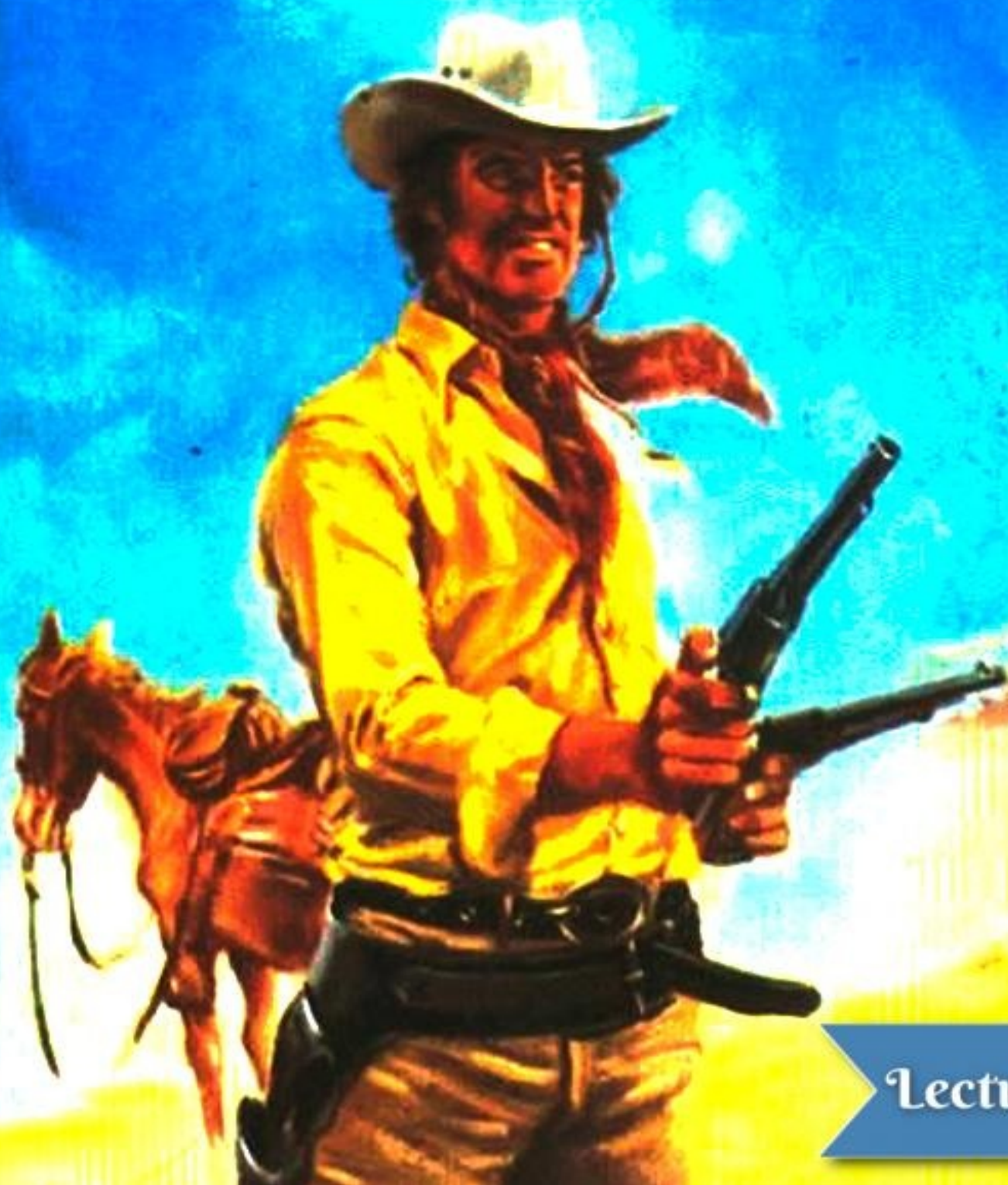
Oeste

de

OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

TITULO DE LA OBRA



Lectulandia

Nina Carrington lo vio llegar. Se acercaba a la casa del rancho muy despacio. Hillel Silverman nunca tenía prisa. No parecía de esos hombres capaces de excitarse absolutamente por nada.

Lectulandia

Lou Carrigan

Los colmillos del lobo

Oeste Legendario - 83

ePub r1.0

Titivillus 21.06.2019

Título original: *Los colmillos del lobo*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

LOS COLMILLOS DEL LOBO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Nina Carrington lo vio llegar. Se acercaba a la casa del rancho muy despacio. Hillel Silverman nunca tenía prisa. No parecía de esos hombres capaces de excitarse absolutamente por nada.

Hillel Silverman era un hombre feo, o más bien sobrecogedor. Era muy alto, ancho de hombros, fuerte, llevaba los cabellos largos formando rizos rubios en la nuca.

Si se le veía de espaldas impresionaba muy gratamente, pero cuando Hillel se volvía y se le podía ver el rostro hacía falta unos nervios muy bien templados para disimular el sobresalto. Sus ojos eran helados e impávidos pero no eran solamente esos ojos lo que producían el sobresalto. Era más bien aquella cicatriz de tono sonrosado, rectilínea, que parecía nacer en el extremo exterior de la ceja izquierda, junto al ojo, y descender por todo el lado de la cara, pómulo y mejilla hasta desaparecer entre la barba. Hillel no se afeitaba jamás. Pero la barba sólo podía disimular media cicatriz. La otra media, clarísima, y aquellos ojos helados y la misma, barba convertían el rostro de Hillel Silverman en un espectáculo... sobrecogedor.

Sin embargo Nina sonrió dulcemente, fue hacia el espejo del saloncito, se miró y se arregló un poco los rubios cabellos, y se ajustó el talle del vestido. Luego se preguntó si aquella línea de sus labios, un poco alzado el superior en el centro podía ser del agrado de Hillel Silverman.

Se preguntó también si Hillel podía sentir agrado por algo... o por alguien. Generalmente cuando un hombre sabe que su presencia resulta un poco... aterradora, se encierra en sí mismo de tal modo que él a su vez prefiere no exteriorizar sentimientos de agrado hacia nada.

Nina se sonrió a sí misma en el espejo, se dijo que sólo un imbécil no podía encontrarla bonita y salió del saloncito. Cuando salió al porche de la casa Hillel Silverman detenía su caballo ante ella. Al verla se quitó el sombrero y Nina se asombró una vez más de que un hombre de ese aspecto tan hirsuto pudiese ir siempre bien peinado, con aquella simpática raya en medio de la espesa cabellera rubia.

—Buenas tardes, señora Carrington.

—Buenas tardes, Hillel. Buenas y muy hermosas tardes, ¿no le parece?

—Sí... Sí, desde luego.

—Supongo que no ha venido usted, aquí simplemente de paseo.

—Desde luego que no.

—Entonces será mejor que desmonte. A menos que prefiera ocasionarme dolor de cuello. De pie ya es usted demasiado alto, a caballo resulta penoso hablar con usted, Hillel.

Hillel pasó una de sus larguísimas piernas por encima del cuello de su caballo y se deslizó al suelo desganadamente. Nina volvió a sonreír cuando lo tuvo ante ella.

—¿Qué prefiere usted, ¿café o *whisky*?

—Bueno, no creo necesario...

—Nada es necesario absolutamente en la vida, Hillel. Pero prefiero escucharle dentro. ¿Sabe? De cuando en cuando resulta delicioso hablar con personas agradables.

Hillel Silverman miró vivamente a Nina Carrington con una expresión escrutadora, inquisitiva, en los grises ojos transparentes. Pero enseguida aceptó Hillel las palabras de Nina como un comentario muy normal y carente de intención burlona.

—¿Cree que yo soy agradable, señora Carrington?

—¿*Whisky* o café? —insistió ella.

—Si no le molesta prefiero *whisky*.

—Muy amable.

—¿Amable yo? —se sorprendió Silverman—. ¿Por qué?

—El *Whisky* está hecho. El café habría tenido que prepararlo.

Nina se volvió y caminó hacia la puerta. Ya en el umbral se volvió esperando que Hillel entrara tras ella. Pero Hillel Silverman continuaba en el primer escalón mirando hacia el barracón de los vaqueros con expresión que Nina definió como inquieta.

—No tema, Hillel, no va a perjudicarme porque entre conmigo a solas en la casa —sonrió una vez más—. Usted es demasiado... feo para que ninguno de los vaqueros que pueda estar viéndonos piense ciertas cosas. Por otra parte a mis treinta años y viuda puedo recibir en mi casa a quien más me guste. Y además usted es el capataz del viejo Kastein, ¿no?

—Creo que entraré en la casa —susurró Hillel.

—Me parece maravilloso. Le he llamado feo, Hillel. ¿Le he disgustado?

—No.

—¿No se considera feo?

Como algo insólito Hillel Silverman sonrió muy levemente.

—A usted no le importa si soy o no soy feo, señora Carrington.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

—Usted no es de las mujeres que se impresionan demasiado porque un hombre sea feo o guapo. Si así fuese ya estaría casada con Klaus Klingenberg.

—¿Tiene usted prisa? —murmuró ella.

—Ninguna.

Nina entró por fin en la casa y Hillel, con el sombrero en una de sus grandes manos, la siguió hasta el saloncito. Era un lugar maravilloso en el que cualquier vaquero se sentiría como en un paraíso soñado, sobre todo si contaba con la presencia de Nina Carrington. Entraba una claridad de resol por la ventana, y Nina destacaba en ella como una silueta bien definida, amable. Era bastante alta, de cuello armonioso. Su cuello era quizá un tanto excesivamente esbelto, largo, pero su blancura resultaba deliciosa. Los rubios cabellos parecían tener el propio color del sol. Los brazos, blancos, se movían delicadamente manejando la botella de *whisky* que había cogido del aparador. Su cintura resultaba asombrosamente estrecha y esbelta.

Parecía una mujer mucho más joven. Sonrió cuando tendió el vaso a su visitante.

—Es de Kentukcy, Hillel.

Éste terminó de entrar en el saloncito, se acercó a la mujer y tomó el vaso. Cuando estaba ya bebiendo, Nina preguntó:

—¿No quiere usted sentarse?

—Creo que no es lugar para mí. Seguramente lo ensuciaría todo.

—No es cierto. Siempre le he visto limpio. De todos modos, si ensucia algo yo misma lo limpiaré.

Hillel se quedó mirando el vaso de *whisky*. Era un buen *whisky*. Una buena casa. Una hermosa mujer. Sabía que muchos de los ganaderos del condado hubiesen dado cualquier cosa por estar en su lugar. Y se preguntó si Nina alargaba la entrevista tan sólo por el morboso placer de contemplar largamente a un hombre notable por el impresionante aspecto de su rostro.

Por el espejo vio la blanquísima y delicada mano de Nina Carrington acercarse a su rostro, a su cicatriz. Los dedos de ella resbalaron suavísimos sobre el tajo en la carne.

—¿Qué hay debajo de esta cicatriz? —susurró Nina.

—Carne cortada, señora Carrington. Es un *whisky* excelente... Gracias.

—¿Por qué mencionó antes a Klaus Klingenberg? —preguntó ella.

—Digamos que es lo contrario a mí. ¿De veras puedo sentarme?

—De veras.

Silverman se sentó en el sofá.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Me encantará.

—¿Por qué? ¿Quizá porque le recordará a su esposo?

Nina Carrington sintió un golpetazo en el corazón.

—¿Por qué ha dicho eso, Hillel?

—¿No debí decirlo?

—Tan sólo me gustaría saber por qué lo ha dicho.

—Pues no sé... Espero no haberla molestado.

—Me ha parecido como si usted supiese algo... especial.

—¿Especial? ¿De qué? No la entiendo, señora Carrington. Mire, yo he venido a decirle algo de parte del señor Kastein. Ya sabe que él está muy delicado y que...

—Sé que el viejo lobo está bastante mal.

—¿Por qué le llama viejo lobo?

—Bueno, ya sabe que no hace mucho tiempo que estoy por aquí, pero juraría que ya he oído llamar viejo lobo a Allen D. Kastein. Está claro que yo no quiero molestarle a él ni a usted. Espero no haber dicho alguna inconveniencia:

—No creo que el viejo Allen se disgustase porque lo llamasen viejo lobo. En primer lugar, es viejo.

—¿Y lobo?

—Lo fue. Él me envía para pedirle permiso para...

—Dígale que lo tiene, desde luego.

Silverman la miró un tanto asombrado.

—No he dicho para qué pide permiso el señor Kastein, señora Carrington.

—Si lo que él quiere es que yo autorice a sus vaqueros a entrar en mis tierras y pastos en busca de sus terneros y ganado en general a fin de comenzar el rodeo de primavera, queda autorizado ahora mismo. Y creo que no era necesario ese permiso. Somos vecinos, ganaderos los dos como tantos otros, y hay algunas formalidades que huelgan entre nosotros. El equipo del viejo Allen D. Kastein puede entrar siempre que quiera en mis tierras.

Ya fumando el cigarrillo Hillel Silverman entornó los párpados y miró casi hoscamente a la mujer.

—¿Cómo sabe que los del rancho de Kastein estamos ya empezando el rodeo?

—No sé. Me pareció notar algo en ese sentido.

—¿Sí? Pues me resulta usted muy inteligente, señora Carrington. Dadas las especiales circunstancias hemos hecho lo posible por no llamar la atención. ¿Quién ha hablado con usted... y de qué exactamente?

—¿Es necesario que se ponga desagradable precisamente conmigo, Hillel?

—Es lo último que quisiera. Ser desagradable con usted.

—¿Acaso soy algo especial para usted?

Silverman dejó el vaso ya vacío sobre la mesita y se puso en pie. Sus heladas pupilas quedaron fijas en las cálidas y luminosas de Nina Carrington.

—Lo es... para mí.

Nina notó otra vez aquel golpeteo insistente en el corazón.

—¿En qué sentido? —musitó.

—Usted representa todo lo que yo jamás podré tener.

—¿Y qué es ése todo?

Silverman bajó la vista hacia su sombrero.

—¿Puedo decirle a Allen que usted ha autorizado a nuestro equipo para todo?

—Desde luego. ¿Acaso no piensan recurrir esta vez a la Ungatex?

—No. ¿Y usted?

—Oh, no sé. ¿Qué me aconseja?

—¿Se ha quedado sin capataz, señora Carrington?

—Claro que no.

—Entonces pídale ese consejo a él.

—Es usted terriblemente brusco y antipático a veces, Hillel. ¿De verdad se marcha ya?

—Usted y yo hemos hablado incluso más de lo que teníamos que hablar. Muchas gracias por el *whisky*. Es realmente bueno.

—¿Quiere llevarse la botella?

—Cuando quiera una botella de buen *whisky* me las arreglaré para comprarla con mi dinero.

—A pesar de sus brusquedades no me disgusta su presencia. ¿Por qué tanta prisa en marcharse?

—Porque pronto va a tener usted otra visita.

Nina pareció perpleja. Se separó de Silverman y miró por la ventana. Se acercaban cinco jinetes por la explanada. Se volvió hacia Silverman y preguntó:

—¿Cómo ha podido oírlos? ¿Qué clase de hombre es usted?

—De los más simpáticos, ¿no?

—Usted no tiene nada de simpático... Pero he conocido a muchísimos hombres que siendo mucho más simpáticos que usted me resultaban mucho más desagradables. ¿Cómo explicaría usted esto?

—No sabría hacerlo, adiós.

Hillel salió del saloncito y de la casa. Cuando llegó al porche, Nina Carrington ya caminaba tras él, un tanto de prisa para no alejarse demasiado del patilargo y sobrecogedor Silverman, cuyas zancadas eran el doble de largas que cada paso de ella.

Los cinco jinetes ya estaban ante el porche y uno de ellos, que se disponía a desmontar, se quedó inmóvil sobre el caballo. Era un hombre alto y bien proporcionado, elegante, impecable su traje de tono castaño con solapas negras. Los cabellos eran cobrizos tirando a rojos y quizá por eso o por lo tostado de su rostro, los ojos de color azul intenso destacaban extraordinariamente vivos, inteligentes. Llevaba un fino bigote negro, formando otro contraste con los cabellos. La chaqueta estaba desabrochada y por el lado derecho asomaba la culata de un revólver cuya funda debía colgar muy baja y se veía amarrada cerca de la rodilla por una correílla de finísimo cuero trenzado. El hombre se llamaba Klaus Klingenberg y resultaba notable en todos sus aspectos.

En cambio sus cuatro compañeros no podían representar mejor a los pistoleros que se ganan la vida siéndolo, y no tenían nada de extraordinario.

—¿Cómo está, Nina? —preguntó sonriente Klingenberg.

—Muy bien, Klaus, gracias, ¿y usted?

—Oh, muy bien. Si molesto...

—No, no... Silverman se iba ya...

—Es cierto —asintió el aludido—. Sólo he venido a pedirle permiso a usted para entrar en sus tierras. Y puesto que ya lo tengo, nada me queda por hacer aquí. Y más teniendo en cuenta que esta noche todo el equipo del ADK Ranch tenemos que acostarnos muy pronto. Mañana empezaremos a trabajar muy duro.

—¿No está exagerando un poco, Silverman? —preguntó Klingenberg alzando las cejas.

—Ni un poco ni un mucho. Mañana empezaremos el rodeo en el ADK y a seguido tendremos que salir hacia el norte con el ganado. Adiós a todos.

Se dirigió hacia su caballo al cual saltó directamente desde el porche. Cuando se disponía a alejarse oyó la voz de Klaus Klingenberg.

—No me gusta que me desafíen, Silverman.

—¿Acaso le ha desafiado alguien? —frunció el ceño Hillel.

—Usted. Será mejor que tenga cuidado con la lengua.

—Siempre lo tengo. ¿Qué he dicho que usted haya podido interpretar como un desafío?

—Usted no es de los que hablan tanto. Ni va diciendo por ahí lo que se proponen nacer en el ADK. Si lo ha dicho hace un momento ha sido para molestarme. Parece que usted esperaba alguna reacción por mi parte. Pues ya la tiene. Saque su revólver... Si quiere.

Silverman miraba fijamente a Klingenberg sin parpadear una sola vez. Un parpadeo era suficiente, decían, para que Klingenberg tuviese tiempo de sacar su revólver de la funda baja sobre el muslo. Y Silverman notaba su revólver casi en el codo. Él no lo llevaba ni mucho menos tan bajo como Klingenberg, ni sujetaba la funda al muslo por una correílla. Para sacar el revólver tenía que alzar mucho la mano antes de que la punta del cañón estuviese fuera de la funda. En toda esa eternidad de tiempo Klaus Klingenberg podía meterle seis balas en el cuerpo, seguramente en el espacio que ocuparía una moneda de las más pequeñas.

—Escuche, Klingenberg, lo que se haga en el rancho del viejo Kastein no puede importarle a usted, por lo tanto, tampoco yo puedo haber pretendido molestarle.

—Personalmente, no. Pero como usted sabe muy bien yo trabajo para la Ungatex. Por lo tanto lo que ustedes pretenden hacer sin el consentimiento de la Ungatex ha tenido que molestarme. Y lo ha hecho a propósito, Silverman.

—Mire, Klingenberg, si quiere disparar contra mí recurriendo a un pretexto cualquiera no debe molestarse tanto. Hágalo y listo. Así el viejo Kastein quedará ya completa y definitivamente solo.

—Hasta estoy seguro —sonrió fríamente Klingenberg— de que el viejo Kastein me agradecería que le matase, Silverman. Así se vería libre de su muy desagradable presencia.

—Entonces, dispare.

—¿Debo entender que no piensa sacar su revólver?

—Quizá lo haga en otra ocasión —dijo Silverman mirando brevemente a los cuatro silenciosos acompañantes de Klingenberg.

—Avíseme con tiempo —sonrió con desprecio Klaus.

—Lo haré. Mientras tanto sería mejor para todos que usted y la Ungatex dejasen correr las cosas libremente aprovechando el fallecimiento del que fue presidente de la organización, el señor Richter Byerly.

—¿Qué ha querido decir recalcando eso del «fallecimiento»?

—Richter Byerly era el hombre más bondadoso de Texas. Si recalco la palabra «fallecimiento» es porque nadie quedó contento al encontrar a Byerly muerto por ahí con tres balazos en el pecho.

—Debió ser más valiente que usted y tener un desafío con alguien.

—Richter Byerly no era tan valiente como yo, ni tiraba tan bien. Quienquiera que fuese su rival, no debió correr demasiado riesgo con el pobre hombre.

—Para ser un hombre que no saca el revólver cuando la ocasión lo requiere, habla usted mucho y muy mal, Silverman.

—Entonces será mejor que me vaya.

—Sí, es lo mejor. Corra junto a su viejo lobo desdentado.

—No se confíe demasiado de los lobos aunque sean viejos... y ya estén desdentados. En cualquier momento, quién sabe cómo, un lobo puede conseguirse unos colmillos grandes y duros. Y la dentellada sería mortal.

—¿Sería usted esos colmillos? —preguntó irónicamente Klingenberg.

Hillel se encogió de hombros, miró a Nina Carrington, la hermosa joven que representaba todo lo que él no podía tener jamás, y murmuró:

—Muchas gracias por todo, señora Carrington. Y hasta la vista.

—Hasta la vista, señor Silverman. Salude al señor Kastein.

CAPÍTULO II

Klaus Klingenberg dejó de mirar alejarse a Silverman y se volvió en la silla para mirar a Nina. Le sonrió y desmontó. Subió al porche.

—¿Puedo hablar unos minutos con usted, Nina? Estaremos mejor ahora que se ha marchado ese sujeto tan desagradable y cobarde.

Nina miró vivamente a Klingenberg. Abrió la boca impetuosamente, pero tras un par de segundos de suspensión sólo dijo:

—Será mejor que entremos.

Entraron en la casa y luego en el saloncito. Apenas entrar en éste, Klingenberg vio el vaso de *whisky* sobre la mesita colocada entre el sofá y los sillones. Frunció el ceño y ya iba a preguntar algo cuando Nina se le adelantó.

—¿Por qué dice que Silverman es un cobarde, Klaus?

—Caramba, es evidente, ¿no? —se sorprendió Klingenberg.

—No lo veo tan evidente. ¿Por qué no lo ha desafiado usted a puñetazos?

—Silverman es un oso.

—No es un oso —Nina sonrió—, aunque tenga mucho pelo en la cara. Es, simplemente, el hombre más alto y más fuerte que usted ha visto en su vida.

—Está bien —gruñó Klingenberg—: quiero que sepa que sólo los vaqueros y los patanes arreglan sus asuntos a puñetazos. Yo no voy a descender hasta Silverman.

—¿Usted es un caballero?

Klingenberg tiró el sombrero sobre un sillón, y se acercó más a la mujer.

—¿Qué diablos ocurre, Nina? Sabe perfectamente que soy un caballero... Arruinado gracias a los yanquis y la guerra que perdimos los del Sur, pero soy un caballero. Ya sé que está pensando que además soy un pistolero, pero no me considere igual que a esos cuatro desgraciados que han quedado ahí fuera. Yo soy inteligente, y pronto podrá demostrárselo. Y entonces, si usted quisiera...

Tomó a Nina Carrington por los brazos y la atrajo hacia sí, pero sólo lo poco que ella le permitió.

—¿Se ha preguntado, Klaus, si yo soy la esposa que corresponde a un caballero como usted?

—No se burle de mí. Todos sabemos que usted quedó viuda hace un par de años, y que hace uno se vino a Texas, desde Louisiana. Lo único que puede decirse de usted, es que es viuda... Y yo creo que no puede buscarse estado más respetable en una mujer, Nina.

—Gracias. ¿Le apetece un poco de *whisky*?

Klingenberg, que había intentado acercarse lo suficiente para poder besar a la viuda, detuvo su avance, comprendiendo que ella no estaba dispuesta a aceptar el beso.

Lo soltó.

—Me apetece el *whisky*. Aunque no considero como un privilegio su invitación, puesto que según parece también ha invitado a Silverman.

—En efecto. Pero..., ¿por qué no pensar que es un gran privilegio que yo concedo a usted... y a Silverman?

—¿Es necesario que continuemos hablando de ese patán?

—No... No es necesario —Nina sirvió el *whisky* a Klingenberg, se sentó en un sillón, y señaló el otro al pistolero—. Creo mucho más necesario hablar del motivo de su visita.

—Aunque no necesito ningún motivo especial para visitarla con todo mi agrado, en esta ocasión sí hay un motivo aparte del puramente personal. En la Ungatex se ha decidido ya reunir el ganado de la región y partir hacia el norte. Esto quiere decir que ustedes, los ganaderos, deben ya disponerlo todo para que se lleve a cabo el rodeo de sus respectivas manadas. Deberán tenerlas listas dentro de una semana. Quizá es un poco precipitado, pero no creo que eso tenga importancia.

—Oh, claro que no.

—Bien... Según parece los precios se mantienen al mismo nivel en Kansas: unos cuarenta dólares por cabeza.

Nina sonrió, pero mostrando una ligera crispación.

—Eso quiere decir que para los asociados a la Ungatex las reses sólo valen treinta y cinco dólares la cabeza.

—Oh, como siempre, por supuesto. Tenga en cuenta, Nina, que esa merma de cinco dólares por res queda compensada con el ahorro de gastos y molestias que significaría para todos los ganaderos el conducir ellos mismos sus manadas hacia el norte. La Unión Ganadera de Texas carga con todas las molestias, trabajos, organización, reclutamiento de un numeroso equipo de vaqueros traídos de lugares distantes... Todo eso significa un gasto

considerable. Y luego, claro está, la Ungatex debe ganar algo... ¿Le parece mal?

—No lo sé... El caso es que yo tengo unas tres mil reses. A cuarenta dólares, significarían unos ciento veinte mil dólares a cobrar. En cambio, dejando que sea la Ungatex la encargada de colocar mis tres mil cabezas en el mercado, sólo voy a cobrar ciento cinco mil dólares.

—¿Ha estado hablando de esto con Silverman?

—No. Él vino a pedirme permiso para entrar en mis pastos. Allen D. Kastein parece haberse propuesto adelantar su propio rodeo. ¿Acaso él no...?

Klaus sonrió fríamente.

—Cuando salga de su casa, Nina, tengo que hacerle una visita a ese viejo lobo. Según parece, está complicándose la vida.

—¿Qué significa eso?

—Fíjese bien, Nina. De su rancho a Kansas City, que es donde ya se embarcan las reses en el ferrocarril y la Ungatex termina su cometido de conducción, hay unas seiscientas millas. Para llevar su ganado a Kansas City, sus doce vaqueros tendrían que estar en la pista cincuenta días. Pero como hay algunas detenciones, retrasos, contratiempos de varias clases..., pongamos que el tiempo invertido sería un mínimo de dos meses. Cada vaquero cobra, al mes, cuarenta dólares. Pero luego está la comida, los caballos que mueren, las gratificaciones al equipo, los gastos inesperados, las detenciones en ciudades importantes... y lo que tiene que ganar la Ungatex.

—¿Cree que todo eso que usted ha dicho, sumaría quince mil dólares, Klaus?

Klingenberg frunció el ceño, pero sonriendo simpáticamente. Por fin soltó una carcajada.

—¡No! No sumaría quince mil dólares, Nina. Pero insisto una vez más en que la Ungatex ha de ganar dinero para... sus gastos.

—Luego —murmuró pensativamente Nina Carrington—, están las reses que se pierden, Klaus. La última vez, o sea la primera que yo entré en tratos con la Ungatex después de establecerme en Banhart, me perdieron cincuenta cabezas. Si de mi marca se perdieron cincuenta, es de suponer que de las demás también se perderían algunas. Suponiendo que se hubiesen juntado veinte marcas, resulta que se habrían «perdido» mil cabezas.

—Bueno, Nina, ésta no es conversación para usted y para mí... Admito que es usted una mujer inteligente, y eso me agrada, porque... Bueno, ya sabe lo que quiero decir: creo que usted es la esposa que haría feliz a un caballero.

—Es usted muy galante y amable, Klaus. Pero creo que hay otras mujeres en Banhart más bonitas que yo. Por ejemplo, la hija del propio Kastein, Florence. O Jo Morrell...

—¡Bah! No son más que... purria. Muy bonitas, pero purria. Yo quiero algo más, mucho mejor, más... selecto. Una mujer como usted, viuda de un hombre, un caballero del Sur, con el apellido Carrington, no puede compararse con esas mujeres toscas.

—¿Ni siquiera con Beatrice Morrell, la madre de Jo Morrell y de Claude?

—¿Qué quiere decir? —murmuró Klaus.

—Que Beatrice Morrell también es viuda, muy bonita... y una señora, Klaus.

—No como usted —Klingenberg había recuperado su sangre fría—. No es ni tan bonita ni tan joven, Nina. Espero que no haga usted caso de las habladurías.

—¿Qué habladurías, Klaus?

El pistolero se puso en pie, riendo.

—Nina, le aseguro que sueño con usted. Y cuanto más la trato, más me convenzo de que la amo.

—¿Me ama, o considera que casarse conmigo le daría prestigio?

—Usted tampoco quedaría defraudada si se casaba conmigo, Nina. Admita que no soy un hombre como los que usted puede tratar por estos lugares.

—No. No lo es. No es cómo Hillel Silverman, por ejemplo...

—Otra vez ese cobarde... Bien, Nina, en realidad yo vine aquí para que nadie pensase que usted recibía un trato especial. Es que esta vez las cosas serán un poco... distintas. Así, los ganaderos de cuyo ganado vamos a hacernos cargo, tendrán que abonar una determinada cantidad... por anticipado. Normalmente, la Ungatex se hace cargo de las manadas, las lleva hasta Chicago, y allí, en Kansas, cobra el importe de todas las reses. Entonces, descuenta sus cinco dólares por cabeza y entrega el resto a los ganaderos... En esta ocasión hay tantos gastos en perspectiva, que a cada ganadero se le va a pedir una cantidad... a cuenta de esos gastos. Por supuesto, tal cantidad le será devuelta al cobrar el dinero en Kansas City a los compradores de los mataderos del norte.

—Es decir, que los ganaderos, además de confiar el ganado a la Ungatex tienen... tenemos que anticipar una cantidad para gastos.

—Exacto. Oh, pero usted queda libre de eso, Nina.

—¿Qué cantidad me correspondería pagar a mí, Klaus?

—Unos cinco mil dólares, pero usted no tiene que pagar nada. Ocurre que alguien responde por usted ante la Ungatex.

—¿Alguien? ¿Quién?

—¿Qué más da? Acabemos esto: usted no perderá ninguna cabeza de ganado en esta ocasión, y cobrará todo cuanto le corresponde.

—¿Y los demás? ¿Perderán cabezas de ganado?

—Bueno... Esto es casi inevitable.

—¿Qué cantidad tendrá que pagar Allen D. Kastein?

—Diez mil dólares. Está bien claro que si no quiere tratos con la Ungatex no querrá contribuir a solventar esos gastos iniciales. Eso le va a ocasionar molestias... abundantes.

Nina Carrington fue hacia el escritorio, alzó la persiana, y acercó una silla se sentó, abrió un cajoncito, sacó un talonario, escribió en dos de ellos y estampó las dos correspondientes firmas. Klingenberg la miraba con expresión interrogante. Cuando ella le tendió los dos talones, los tomó casi sin darse cuenta. Cuando los miró, alzó lentamente la mirada.

—Uno por cinco mil, y otro por diez mil... Esto debe tener una muy buena explicación, Nina.

—La tiene. El de cinco mil es por mis gastos iniciales. El de diez mil es para los gastos iniciales del viejo lobo.

Klingenberg, mirando fijamente a la viuda, comenzó a romper los dos talones, hasta reducirlos a menudos fragmentos. Entonces los dejó sobre la mesita.

—Con toda mi admiración. Nina —susurró—. Y no se preocupe por nada. Ya le he dicho que alguien vela por usted y sus intereses.

—¿Y por los intereses de los demás ganaderos?

—Cada hombre debe conducir su carreta —sentenció el pistolero—. Como usted es una mujer, yo me permito aconsejarle que olvide a los demás... y acepte la ayuda de un hombre. ¿Podré verla pronto otra vez, Nina?

—Venga siempre que quiera.

Tendió la mano a Klingenberg, el cual, como un auténtico caballero del Sur que había sido, se inclinó y la besó, sin excederse en lo más mínimo, lo cual habría restado caballerosidad a su gesto. Sonrió al soltar la delicada mano y preguntar:

—¿Sabe usted esperar, Nina?

—Sí.

—Será poco tiempo.

—No me importaría esperar mil años, Klaus.

Efectivamente, Nina Carrington era mujer capaz de esperar mil años. Pero..., ¿a quién? Porque ella. Nina, no lo había dicho.

CAPÍTULO III

Kastein sacó una caja de uno de los cajones de su mesa de despacho, sacó dos cigarros, y tiró uno hacia Silverman. Después que los dos lo hubieron encendido, Kastein comentó:

—Era una buena oportunidad para matar a Klingenberg. ¿Por qué no lo hiciste?

—Quizá a mí no me pareció tan buena, Allen.

—¿Por los cuatro hombres que le acompañaban?

—Me hubiesen despedazado inmediatamente, desde luego.

—Pero no fue eso. ¿Fue por Nina Carrington?

—¿Qué más da, Allen?

—¿Te consideras incapaz de vencer a Klingenberg?

—Dicen que es muy rápido.

—¿Y tú? ¿No eres rápido?

—Supongo que sí. Sólo falta saber si lo soy más que Klingenberg. Es... un detalle importante, ¿no?

—¿Por qué diablos tienen tanto apego a la vida, Hillel?

Silverman se echó a reír.

—Por lo mismo que tú. Aunque no se pase demasiado bien, la vida gusta a todos. Nunca he conocido a nadie que quisiera morir... Ni siquiera tú, que estás con un pie en el otro mundo. El doctor podría equivocarse, ciertamente, pero tu corazón no se equivoca. Has tenido ya tres ataques. El próximo podría ser el último. ¿Por qué no hacemos una cosa Allen? Escucha: paga a los de la Ungatex lo que te pidan, déjales que ellos ganen dinero con tu ganado. Luego, te quedas con lo que quieran darte, vendes el rancho, y con todo ese dinero, que no será poco, te largas a un lugar tranquilo, a vivir en paz.

Allen Donald Kastein escupió un trozo de su cigarro.

—¿Estás hablando en serio, Hillel?

—No.

—Menos mal. No es que tu idea sea mala, pero se me revolverían las tripas si yo hiciese algo así...

—Sólo se trata de saber..., de decidir, entre los dos, si nos quedamos o nos vamos. La Ungatex es muy fuerte, Richter Byerly murió, y, según dicen por ahí no eres más que un viejo lobo desdentado.

Allen D. Kastein enrojeció violentamente.

—¿Desdentado? —chilló.

—Desdentado. Y, además, con una linda y fácil hija que, pese a todo te necesita. Ésta es la situación: van a venir a pedirte dinero. Y no poco... Tú te negarás a dar ese dinero. Y te negarás también a que tu ganado sea vendido esta vez por la Ungatex. Como consecuencia, Klaus Klingenberg y sus hombres te van a hacer la vida imposible... Sólo se trata de saber si decides ceder o continuar esta lucha empezada sólo con palabras.

—No cederé. ¿Cuento contigo?

—De sobra sabes que sí —suspiró Silverman—. Pero me pregunto de qué voy a servirte. En cuanto a Klingenberg envíe a unos pocos de sus pistoleros, nuestros vaqueros desaparecerán. Quedaremos tú y yo solos...

—Nos bastamos.

Silverman movió la cabeza con cómico desespero. A los sesenta años, Allen Donald Kastein era alto, recio, de facciones pétreas y habitualmente congestionadas por la ira que le producía su disconformidad hacia todo. Tenía los cabellos completamente blancos, pero, por lo demás, podía pensarse de él que podía vivir aún otros sesenta años. Durante quince años, Kastein había sido «*sheriff*» del condado de Coryell, en Gatesville, Texas, y siempre parecía que todavía llevaba la estrella de cinco puntas en el pecho. Desde hacía casi nueve años, a Allen Donald Kastein sólo un hombre había sido capaz de soportarla Hillel Silverman. El cual dijo, por fin:

—Nos bastamos para morir.

Kastein se levantó a medias, congestionado el tostado rostro.

—¡Si tienes miedo puedes irte a...! —se sentó de golpe, miró hacia la puerta del despacho, que acababa de abrirse, y sonrió como si tuviese treinta años menos—. Hola, Florence... ¿Ocurre algo?

—Yo creía que no —sonrió la muchacha—. Pero si tú gritas es que sí ocurre algo... ¿Qué es?

Kastein iba a contestar, pero en aquel momento se levantaba de su asiento, recogía su sombrero y caminaba hacia la puerta.

—¿Adónde vas tú?

—Tengo algo que hacer...

—¡Siéntate! —rugió Allen—. ¡Y en dos años que Florence salió de aquel estúpido colegio ya tendría que haberse acostumbrado a tu presencia y a esa

cara de asesino! ¡Y si no se acostumbra, peor para ella, porque tú estarás conmigo hasta que nos maten...! ¿No es así?

Florence Kastein había palidecido. Silverman miró de soslayo a la muchacha.

—Creo que deberías calmarte, Allen —murmuró—. Tu hija es una muchacha demasiado delicada y bonita para imponerle mi presencia.

—¡Pero qué... diablos! ¿Cuándo dejarás de compadecerte a ti mismo, maldito idiota? Si Florence tuviese la mitad de mi inteligencia ya habría... Creo que debo callar, ¿verdad?

—Sí, Allen.

—De todos modos, quédate —musito Kastein—. Y tú, Florence, perdóname. ¿Querías algo?

—Sólo... sólo tu permiso para asistir el sábado al baile de los Morrell. Jo cumple diecinueve años, y me han invitado...

—Tienes ese permiso, desde luego, a cambio de una sola cosa, Florence.

Allen Kastein se puso en pie completamente. Cuando se acercó a su hija, la dominó con su estatura y corpulencia.

—Hasta los dieciocho años, has estado en un colegio de Santone. Eso me parece muy bien, y estoy contento de que, al menos tú sepas cómo deben hacerse las cosas... Tú sabes que últimamente te he consultado a menudo. Jamás te he negado nada. Sabes que eres la única persona del mundo que yo quiero. Nada hay que yo no esté dispuesto a hacer por ti... ¿De acuerdo, Flo?

—Sí, papá.

—Entonces, voy a pedirte un favor: quiero que, siquiera sea por ésta vez, mires de frente, y durante un minuto, a Hillel. Míralo bien, a los ojos. No pases por alto la cicatriz, ni esa expresión de asesino que tiene a veces. Míralo bien, y luego vete. Ya me dirás en otro momento lo que has visto o has creído ver.

Florence Kastein estaba ya mirando a Silverman cuando su padre acabó de hablar. Se sentía un poco estremecida, y por un momento, sólo de pensar que Hillel Silverman y ella habían de estar mirándose fijamente, sin disimulos, durante un minuto, pensó que no podría soportarlo.

Pero Hillel Silverman arregló las cosas bastante bien: en modo alguno intentó rehuir su rostro a la mirada de la pálida muchacha, pero no la miró a los ojos, sino que continuó fumando como si allí no ocurriese nada, mirando hacia el fondo, del despacho de Allen Kastein, impávido. Florence Kastein comprendió entonces que el rostro de un hombre no se convierte en horrible por una simple cicatriz más o menos aparatosa.

Y, de pronto, Florence lo comprendió todo, súbitamente; tanto, que se preguntó si no era, más que un simple pensamiento suyo, una revelación: Hillel Silverman era un hombre sólo fachada. Es decir, un hombre del cual ella sólo había visto el aspecto, pero del cual desconocía todo lo demás...

¿Cómo sería Hillel Silverman... por dentro?

Allen Donald Kastein carraspeó. Cuando su hija le miró, y él vio que la muchacha sonreía, todo le pareció que iba mejor.

—Pasó el minuto. ¿Tienes algo que decir?

—Pero no a ti, papá. —La muchacha miró hacia Hillel Silverman, que la estaba mirando entonces fijamente, inquisitivo—. ¿Puede perdonarme, Hillel? No voy a decirle que me resulta usted agradable, pero creo que me he portado un poco... tontamente.

La muchacha salió del despacho, y Kastein exclamó entonces, con un tono de orgullo:

—¡Qué diablos...! Yo sabía que mi hija no podía ser siempre una estúpida. Supongo que habrá visto algo bueno en ti, Hillel.

Silverman sonrió ferozmente.

—Espero que no intentes convencer a tu hija de que soy una buena persona.

—¡No! —rió el viejo lobo—. ¡Caramba, eso no! Los dos sabemos que era malo como el diablo. Sólo Dios sabe el esfuerzo que me ha costado retenerte a mi lado durante nueve años como una persona honrada. Pero tu aspecto... Bueno, Florence tiene veinte años, y tú ya tienes treinta y seis. Hay diferencia, de edad y de muchas cosas... No hay que pedirle tampoco demasiado a la muchacha.

—Yo creo que no debiste violentar tanto a tu hija, Allen.

—¡Bah! Hay que ir abriendo los ojos a la gente. Ahora ella sabe que eres un hombre corriente... Bueno..., más o menos corriente. No pretendo que te considere un ángel; eso sería engañarla miserablemente. —Allen sonrió tan ferozmente como poco antes Silverman—. Del mismo modo que estás engañando a Klingenberg. ¿Por qué no lo matas de una vez?

Hillel sonrió de un modo casi siniestro.

—No te impacientes... Además, creí que querías conservarme bondadoso, pacífico y honrado.

—Ésta es la respuesta que me he merecido, desde luego —admitió Allen, refunfuñando—. Supongo que es mi egoísmo el que me ha hecho hablar así: ahora no te necesito manso, sino... ¿Qué pasa?

—Se acercan algunos jinetes —Silverman se levantó y miró por la ventana—. Ahí tenemos a Klaus Klingenberg y sus cuatro desgraciados... ¿Qué haces?

Allen Kastein dejó su mano suspendida en el aire, muy cerca del cinto que había pensado descolgar.

—Supongo que tendremos, que recibir dignamente a Klingenberg.

—No seas loco —gruñó Silverman—. Es posible que Klingenberg no tenga gran interés en matarme a mí, pero quizá aprovechase el menor motivo para disparar contra ti.

—No soy un inválido.

—Seamos inteligentes, Allen. Ya tendremos tiempo de demostrarles que tú no estás vencido, y que yo puedo ser mucho más malo que todos ellos juntos.

—Está bien —Kastein encogió los hombros.

Salieron al porche. Klingenberg y sus cuatro pistoleros se detenían en aquel momento, y cuando aquél, sonriendo inexpresivamente, se disponía a desmontar, Kastein gruñó:

—Nadie le ha dado permiso, Klingenberg. Ésta es mi casa, no la suya.

Klaus Klingenberg frunció el ceño, si bien era evidente que tomaba las cosas como a broma, con toda calma. Se enderezó en la silla, prescindiendo de su intención de descabalar. Miró a Hillel, siempre sonriendo.

—De nuevo nos vemos, Silverman. ¿Ha llegado el momento?

—¿Tienes muchas ganas de pelea, Klingenberg? —preguntó Allen.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Yo podría entrar a buscar mi revólver.

Klingenberg miró maliciosamente a Silverman.

—No se moleste, Kastein. Para estas cosas, ya tiene a Silverman. Tengo entendido que es un gran... pistolero. Un valiente.

Se rió, y sus cuatro hombres se rieron con él.

Allen D. Kastein escupió furiosamente hacia el polvo de la explanada.

—Rebuzne ya lo que sea, Klingenberg. No tengo tiempo para perderlo con tipos como usted y sus matones.

Klingenberg entornó los ojos.

—Usted ya sabe que soy el representante de la Ungatex, ¿no, Kastein?

—Sé que desde que asesinaron a Richter Byerly las cosas cambiaron en la Unión. Antes todo iba bien: todos los ganaderos del condado juntábamos nuestras reses, y la Ungatex las conducía hasta Kansas, las vendía, pagaba puntualmente, y todos quedábamos contentos. Antes se cobraban tres dólares

por res conducida a Kansas; ahora, cobran cinco. Antes, se perdían muy pocas reses; ahora, la última vez, a mí me perdieron doscientas, que a los treinta y cinco dólares que me «correspondían», significarán ni más ni menos que siete mil dólares de pérdidas para mí, y de ganancias para ustedes, porque, claro, sólo un imbécil se va a creer que esas doscientas reses... ¡doscientas!... se perdieron en una conducción de seiscientas millas. Antes, los tratos entre la Ungatex y los ganaderos convenían a ambas partes. Ahora, sólo conviene a Unión Ganadera. Por lo tanto, Klingenberg, he decidido conducir yo mismo, con mi equipo, todo el ganado que esté dispuesto a vender. No necesito a la Ungatex. Y menos desde que alguien asesinó a Richter Byerly y usted quedó frente a esto, después de meter el miedo en muchos cuerpos.

—¿En el suyo no, Kastein?

—Ya ve que no. Y ahora que sabe que no quiero nada con ustedes, lárguense.

—Espere, Kastein, espere. Su nombre está inscrito en el registro de asociados a la Unión Ganadera de Texas, ¿no es así?

—No. Yo mismo me di de baja.

Klingenberg rió amablemente.

—No sea infantil, Kastein: usted sigue siendo socio de la Ungatex para todos los efectos. Por lo tanto, he aquí lo que he venido a decirle: nosotros, la Ungatex, llevaremos a Kansas City el ganado que según Silverman van a empezar a rodear mañana. Y se lo pagaremos a treinta y cinco dólares por cabeza.

—Yo sacaré cuarenta, y quizá más, en Kansas. No me interesa el trato, Klingenberg.

—Además —prosiguió el pistolero, impertérrito—, dadas ciertas dificultades económicas de la Ungatex, ustedes, los ganaderos, van a satisfacer determinadas cantidades en concepto de adelanto sobre gastos de conducción, que les serán devueltos a su debido tiempo.

—¿Qué me dice? —sonrió Kastein—. ¿Y cuándo tendría yo que adelantar?

—Todos han pagado ya, y a usted le he dejado para el último porque sabía que se pondría terco. Dentro de una semana, Kastein, deberá tener listo su ganado para la marcha. Y también diez mil dólares, cantidad a que asciende el anticipo.

Allen Kastein pareció quedarse helado. Luego, miró de reojo a Silverman, el cual lo miró a él a su vez. Y, de pronto, los dos se echaron a reír insultantemente.

—¿Les hace gracia? —siseó Klingenberg—. Bueno, más vale así.

—Lárguese de aquí —continuó riendo Kastein—. Y escuche sólo esto, Klingenberg: si usted o cualquiera de sus hombres se acercan a mi ganado, o a cobrar esos diez mil dólares, van a cobrar..., pero no en oro, sino en plomo. ¡Largo!

—Lo siento por usted, Kastein... Y por su hija.

Toda la sangre de Allen Donald Kastein pareció acumularse en su rostro, enrojeciéndolo intensamente, congestionándolo con violencia.

—Cerdo entre los cerdos —farfulló—. ¡No nombre a mi hija! ¡Vaya a ver a sus viudas, a Nina y Beatrice, pero no manche el nombre de mi hija con sus palabras porque lo asesinaré en cualquier momento! ¡Le enseñaré si es necesario, que puedo morder con las encías! ¡Fuera, perro!

Klaus Klingenberg había palidecido intensamente ante los insultos recibidos.

—Ya no lo siento por usted ni por nadie, Kastein —murmuró roncamente—. Aténgase a las consecuencias.

Se alejó, seguido de sus hombres. Hillel miró la punta de su ya mediado buen cigarro.

—Ha ofendido a un caballero del Sur, Allen.

—¡He ofendido a un...!

Kastein se calló, porque se dio cuenta de que Hillel Silverman estaba sonriendo burlescamente. Al saberse mirado, Hillel alzó la vista, para mirar al viejo lobo con expresión entre divertida e interrogante. Entonces, los dos volvieron a reír.

—Vamos a comer algo con los muchachos, y a dormir, Hillel. Mañana empieza un trabajo duro.

Silverman pareció consternado cuando la ceniza del cigarro cayó al suelo.

—Yo no voy. Tengo algo que hacer en el pueblo.

—¿Vas a ir a Banhart... ahora? ¿Para qué?

—¿Qué diablos te importa a ti?

Silverman tiró el cigarro y bajó del porche caminando hacia el gran abrevadero, junto al cual estaba su caballo. Cuando había recorrido ya una docena de pasos, Kastein le llamó:

—Eh, tú. No te metas con Klingenberg, porque cuando lo mates quiero estar delante.

—Bueno.

CAPÍTULO IV

Cuando, ya anochecido, Klaus Klingenberg llegó al rancho de los Morrell en el porche solamente estaba Jo, sentada en una mecedora, y, al parecer, abstraída en la última luz del ocaso.

—Hola, Jo.

Su voz era culta, amable, atractiva, pero la muchacha ni siquiera se movió para contestar:

—Hola.

—Hace... por lo menos una semana que no nos vemos.

—No lo he notado, señor Klingenberg.

Klingenberg frunció el ceño. No era nada fácil enfrentarse a los Morrell. Jo, a punto de cumplir sus diecinueve años, ya no era una niña, desde luego, y sabía ver con excesiva claridad las cosas que sucedían a su alrededor. Claude, el único varón que quedaba de los Morrell, era distinto. Quizá porque sólo tenía diecisiete años. Quizá porque era menos inteligente que su hermana.

—Creo... que pasado mañana cumples diecinueve años, Jo. Supongo que vas a invitarme a la fiesta de cumpleaños.

—No, señor Klingenberg.

Klaus se permitió fruncir el ceño, aprovechando que la muchacha parecía no prestarle la menor atención. A juicio de Klingenberg, Jo tardaría aún un par de años; por lo menos, en parecer una mujer atractiva. Lo más bonito de ella era la boca, de labios un poco gruesos, que conservaban todavía un poco de expresión infantil.

—¿Por qué no vas a invitarme, Jo?

—Ya lo hará mi madre, señor Klingenberg. Ella está dentro. Creo que debería avisarla de su visita, pero también creo que no vale la pena Usted conoce bien la casa... Entre, y ya se encontrarán.

—¿Y Claude?

—Mi hermano está por ahí. A sus diecisiete años, ya se siente un poco patrón de este rancho... Supongo que pronto le quitarán sus ilusiones.

Klingenberg se decidió a desmontar. En aquella casa jamás había necesitado permiso.

—Claude es un muchacho que vale mucho.

—Más de lo que muchos creen. Claude está aprendiendo a disparar. Según parece, sabe hacerlo muy bien, por... ¿Cómo dicen ustedes, los pistoleros?

Klingenberg acusó claramente el impacto de aquella suave frase, pero no era hombre que pudiese ser vencido verbalmente por una muchacha pecosa y desgarbada.

—¿Por instinto? —apuntó, sonriendo.

—¡Eso es! Por instinto.

—Entonces, será un buen tirador.

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—Él. Y la persona que le está enseñando a disparar.

—¿Quién es esa persona?

—¿Tiene eso importancia?

—No demasiada. Pero estoy pensando que si Claude quería aprender a usar el revólver, yo mismo podría haberle enseñado... Me parece que por aquí no puede encontrar otro maestro mejor.

—¿Cree que no hay por aquí ningún hombre capaz de vencerle, señor Klingenberg?

—No lo creo firmemente.

—Tanto peor para usted. Yo... creo que mi madre estará encantada de hablar con usted.

—Tu madre... ¿Y tú no, Jo?

—Yo no.

Klingenberg hizo de tripas corazón, siempre con su tacto de antiguo caballero del Sur.

—Con tu permiso. Jo, entraré a saludar a tu madre.

—Me parece bien.

Klingenberg volvió a fruncir el ceño. Encogió los hombros, se quitó el sombrero, y entró en la casa. Para encontrar a Beatrice Morrell tuvo que llegar hasta la cocina. Ella estaba dedicada a los últimos preparativos para la cena, subidas las mangas de su vestido, y sólo supo de la presencia del pistolero cuando éste la abrazó por la cintura, por detrás, y la besó levemente en la nuca.

—¡Oh! ¡Klaus!

—Según parece —rió él—, no me esperabas.

—No, no... ¡Oh!, y con este aspecto...

—¿Qué tiene de malo mi aspecto?

—¡El mío! ¡Debo de estar horrible!

Klingenberg la acarició la barbilla.

—No digas tonterías, Beatrice, —susurró—. Tu aspecto jamás podrá ser horrible. Esto huele muy bien, de veras.

Los ojos de Beatrice Morrell brillaron intensamente.

—¿Vas a quedarte a cenar?

—Lo haría con mucho gusto. Beatrice: ¿qué tengo yo que disgusta tanto a Jo? No creas que todo el mundo me ve con tus ojos, Beatrice. A algunas personas, yo puedo parecerles horrible... Tan horrible como Silverman, por ejemplo.

—¡Ése... ese... monstruo! ¿Te estás burlando de mí, Klaus?

Klingenberg se separó unos pasos de la mujer. Luego, la miró fijamente.

—Beatrice: ¿has dicho algo de lo nuestro a alguien?

Beatrice Morrell se limpió las manos. A sus treinta y seis años era una hermosa mujer que todavía tenía mucho que ofrecer. Su piel era blanca, límpida. La boca, sugestiva, tenía un tono rojo intenso, aún llena de vida. El cuerpo se conservaba joven y ágil, flexible. Beatrice Morrell y Nina Carrington presentaban un contraste enorme. Nina la dejaba atrás de todo: era más joven, más bonita, más señora... La elección no podía presentar demasiadas dudas.

—Oh, yo no vi nada malo en ello, Klaus... Soy viuda... y entendí que me amabas... ¿O no me amas?

La pregunta estaba llena de ansiedad, de temor. Y Klaus Klingenberg era demasiado inteligente para dar una respuesta en falso.

—Tú sabes que te amo, Beatrice.

—¡Oh, entonces...! ¿Hay alguna razón para que estemos ocultando nuestro amor, Klaus?

—Ninguna —se dominó Klingenberg—. ¡Pero yo hubiese preferido esperar un poco para hacerlo definitivamente público!

—¡Ya he pensado en eso! Pasado mañana, sábado, es el cumpleaños de Jo... Yo he pensado que podríamos decir lo nuestro durante la fiesta, Klaus... ¿No?

—Te pedí que esperases un poco más, Beatrice.

—Sí... Sí, lo sé..., Klaus —ella se acercó a él, y alzó sus brazos hasta el cuello masculino—, ¿qué más da? Tú me amas a mí, y yo no podría pensar ya

en una vida lejos de ti... ¿Por qué tenemos que esperar más...?

No habló más, porque lo besó. Klaus Klingenberg aceptó el beso, y correspondió a él adecuadamente. Pero mientras lo hacía, con una intensidad que le impresionó profundamente, pensó en Nina Carrington. En ella, y en todo cuanto significaba.

—¿Qué... qué te pasa, Klaus...?

—Tendremos que esperar unos tres meses, Beatrice... Primero, llevaremos el ganado que recoja la Ungatex hasta Kansas City. Luego, tú y yo podremos dedicarnos el uno al otro.

—¡La Ungatex! —suspiró Beatrice—. ¿Todavía hay quien se está creyendo eso, Klaus?

—¡Sssttt...! —sonrió él—. Has de tener mucho cuidado con lo que dices, Beatrice.

—No me creas tan tonta.

—No creo que seas tonta. Pero si alguien supiese la verdad...

—No la sabrán... Al menos, por mí. ¿Todo va bien?

—Todo va tan bien, Beatrice, que tú y yo nos iremos de aquí dentro de unos tres meses. Y tendremos tanto dinero que la vida será un sueño para nosotros... ¿Crees que estoy obrando mal?

—Sí, Klaus, pero no me importa. Lo único que me importa eres tú. Quiero que todo te salga bien, y que luego... me llames. Klaus..., ¿por qué has ido esta tarde a ver a Nina Carrington?

Klaus Klingenberg pareció asombrarse, primero. Luego se echó a reír.

—¡Diantres, nadie puede hacer nada aquí sin que lo sepa todo el mundo!

—¿A qué fuiste allí?

—Pues voy a decírtelo, Beatrice. Te hablé de mis planes, ¿no es cierto? De acuerdo con esos planes, Nina Carrington debe entregarme cinco mil dólares. Tu sabes que a ti no voy a pedirte los, pero... ¿por qué no debía pedirselos a ella? Me extendió un talón, pero no lo acepté. Entonces, quedamos en que ella, antes de una semana, me dará el dinero en efectivo, para la Ungatex.

—Quizá a muchos les extrañase que yo no contribuyese a esos gastos iniciales de la Ungatex, Klaus.

El pistolero se acarició la barbilla.

—Beatrice: eres una mujer inteligente. ¿Tienes a mano esos diez mil dólares?

—Sí. Oh, yo pensé que convendría guardar las apariencias, y esta mañana retiré esa cantidad del banco. Y dije para qué era ese dinero. Eso habrá hecho

comprender a los demás rancheros que estás obrando honradamente. Si a mí, que me amas, según saben ya todos, me pides dinero, quiere decir que todo va bien, y nadie va a preocuparse por el suyo.

—Maravilloso. Bien, de todos modos, creo que bastará con que todos crean que me has dado diez mil dólares. No es necesario, ya entre nosotros, que lo hagas realmente...

—¡Quiero darte ese dinero, Klaus! ¿Qué más da que lo tengas tú o que lo tenga yo? Y no me importa que lo que has pensado hacer no sea honrado. Si te quitaron lo tuyo en la guerra, tienes derecho a recuperarlo como sea... Klaus: yo te amo. Y de ti sólo espero ese mismo amor. Lo demás..., ¿qué importa?

Klingenberg la besó en los labios. Salieron de la cocina y fueron al despacho desde el cual el difunto Joseph Morrell había dirigido su rancho. Tras seis años de viudez, nadie tendría derecho a criticar a Beatrice Morrell porque decidiese unir su vida a otro hombre que, en verdad, era mucho más apuesto y agradable que el primer marido. Ella abrió la caja fuerte y sacó un fajo de billetes de cien dólares. Klingenberg pareció vacilar, al tomar los billetes. Ella cerró la caja con indiferencia, se volvió hacia él, y volvió a abrazarlo.

—¿Desde dónde me llamarás, Klaus?

—Aún no lo sé... No tendrás que esperar mucho. Cuando todo haya terminado, yo te llamaré... Y ya nuestra vida será sólo nuestra... y a nuestra manera...

Fue ella la que buscó un nuevo beso. Klaus Klingenberg la besó mientras en su mano notaba el crujiente contacto de los cien billetes de cien dólares. La cosa tenía su gracia, pero no era el momento de sonreír, sino de llevar el papel hasta el final. La besó varias veces más, y se despidió, saliendo de la casa tan solo como había entrado.

Pero Jo no estaba sola, ya. En la otra mecedora había un muchacho larguirucho y pecoso, enormemente parecido a la muchacha, que le saludó con displicencia.

—¿Qué tal, señor Klingenberg?

—Hola, Claude... ¿Aprendiste algo nuevo? Me refiero al uso del revólver. Creo que tienes un maestro... mejor que yo.

—Oh, sí, desde luego.

—Me alegra oír eso. Supongo que ya debes ser un tirador... excepcional.

—Todavía no.

—Entonces..., ¿no has aprendido nada nuevo?

—Nada hay nuevo en el manejo del revólver, señor Klingenberg —recitó el muchacho—. Un revólver sólo necesita una mano rápida; una vista aguda, unos nervios tranquilos, templados... Lo demás, se va aprendiendo con el tiempo...

—No lo dudo. Bien, ya es de noche... Creo que debo regresar a Banhart.

—Nadie le tenderá una emboscada —rió, Claude—. Y además, usted cuenta con cuatro grandes hombres del revólver que le defenderán estupendamente... ¿O no confía demasiado en ellos?

—Sólo confío en mí mismo.

—Un hombre inteligente —sonrió Claude—. Pero no olvide que también Sam Billers «se creía» inteligente.

Klaus Klingenberg le hubiese roto la cara de muy buena gana al insolente muchacho, pero, como antes con Allen Kastein, se dijo que cada cosa debía esperar su turno. Aquélla era una cosa más que tendría que esperar ese turno.

—Hasta la vista —se despidió amablemente.

La voz de Claude Morrell fue más impertinente que nunca:

—Supongo que no tendré otro remedio que volver a verlo —suspiró apáticamente.

CAPÍTULO V

Cuando ya hubieron cruzado Hell Creek, afluente del Middle River, Klaus Klingenberg detuvo su caballo y dijo:

—Aquí nos separamos, muchachos. Regresad a Barhart.

—¿Y usted? —preguntó uno de ellos.

—Yo tengo algo que hacer aquí, Sarkady. Quiero que os reunáis con los demás. Haciéndolo de un modo discreto, pues no hay que olvidar que oficialmente sois parte del grupo de vaqueros que la Ungatex está contratando en varios lugares. No interesa que se sepa que os conocéis todos muy bien.

—De acuerdo, señor Klingenberg.

Éste miró a los otros tres pistoleros:

—¿Hay alguna dificultad con respecto a Sarkady? ¿Qué dices tú, Boomer, por ejemplo?

—Ninguna dificultad. A ninguno del grupo nos importa aceptar a Sarkady como jefe cuando no está usted, señor Klingenberg. Bueno, usted nos prometió cinco mil dólares a cada uno de nosotros... y aún no hemos cobrado un solo centavo, señor Klingenberg.

El aristócrata del Sur frunció el ceño.

—Tampoco está hecho todavía el trabajo. —Alzó inmediatamente una mano—. De todos modos, y puesto que el cobro de los anticipos ha ido bien en general, esta noche os daré mil dólares a cada uno, a cuenta de los cinco mil. Eso, de momento.

—¿De momento? —preguntó Sarkady—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si cuando lleguemos a Kansas City con el ganado, todo sale como espero, no me importará olvidarme de los mil dólares que os voy a adelantar esta noche.

Los cuatro pistoleros se miraron complacidos. Sarkady, Walker, Boomer y Platt estaban encantados de la sugerida generosidad de Klingenberg, y, con este detalle, quedó completamente definido el respeto hacia el atractivo y elegante nombre que un par de horas antes, sin inmutarse, le había arrugado el

ombligo a un tipo de apariencia tan violenta y agresiva como aquel Hillel Silverman.

Además, cuando aceptaron trabajar para él, ya habían oído el nombre de Klaus Klingenberg aureolando por una fama de velocísimo y certero tirador.

—¿Conformes? —sonrió Klingenberg, que estaba adivinando lo que pensaban los cuatro hombres.

—Desde luego, señor Klingenberg.

—Pues esta noche, Sarkady, quiero verte detrás de la herrería. Irás tú solo, pero antes habrás hablado con todos los muchachos y les habrás dicho que mañana hacia el mediodía, quiero verlos en Vado Callente a todos. Si a las dos de la tarde no me he presentado, regresáis a Banhart. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—De todos modos, es posible que esta noche, cuando nos veamos, complete las instrucciones. Mientras tanto, no os metáis en ninguna clase de líos, ni os compliquéis la vida con demasiado *whisky*. Os repartiréis esta noche los doce mil dólares que te entregaré detrás de la herrería, Sarkady.

—Estupendo.

—Quiero que sepáis una cosa: estoy dispuesto a matar a cualquiera de vosotros que ponga en peligro mis planes. Todo esto significa mucho para mí. No tendré piedad.

—No se preocupe, señor Klingenberg.

—De acuerdo. Marchaos ya.

Klaus Klingenberg permaneció junto a Arroyo Infierno, inmóvil, hasta que calculó que Sarkady y los otros estarían por lo menos a media milla de allí. Entonces, hizo volver grupas a su caballo, y cabalgó Arroyo Infierno abajo. Vado Callente estaba a unas quince millas más allá, ya cerca de la desembocadura del Hell Creek en el Middle River, el cual, a su vez, tardaba muy poco en desembocar en el Concho River. Desde luego. Vado Callente era el mejor lugar para reunir a varios hombres cuando no se quiera llamar la atención hacia ellos ni hacia uno misma, pero Klaus Klingenberg no se dirigía entonces hacia Vado Callente. Después de seguir el curso del Hell Creek durante casi dos millas, se desvió hacia la izquierda, y continuó cabalgando unas millas más, hasta distinguir un rancho a la luz de la luna. Continuó a caballo hasta que le pareció prudente. Entonces desmontó, trabó el caballo a un arbusto, y continuó a pie hacia el rancho, rodeando la cerca por la parte de atrás de la casa. La saltó en un lugar sombreado por un álamo gigantesco, y caminó directamente hacia la casa.

Cuando llegaba a la parte trasera de ésta, una sombra se movió entre las sombras, hasta convertirse en un hombre.

—¿Klingenberg?

—Hola, Garvey.

—Venga. Entraremos en la casa.

—¿Y su hijo?

—Le di permiso para ir a divertirse un poco a Banhart esta noche. La cocinera fue a ver a su familia. No se preocupe: estamos solos. Los vaqueros ya deben estar durmiendo.

Entraron en la casa, que estaba a oscuras, y Garvey fue guiando a Klingenberg hasta el despacho. Una vez allí, Garvey soltó las gruesas cortinas de la ventana, y luego encendió un quinqué.

—¿Todo bien? —preguntó.

Klaus Klingenberg tenía los ojos entrecerrados, para protegerlos de la luz. Y, al mismo tiempo, quizá intentaba ocultar sus pensamientos sobre aquel hombre: Leonard Garvey, alto, delgado, elegante. Aún no había llegado a los cincuenta. Todo su aspecto, sus sienes canosas, su boca firme, sus ojos honrados e inteligentes, podían dudar de que todo cuanto estaba haciendo Leonard Garvey se ajustase a los mismos deshonestos planes que impulsaban a Klaus Klingenberg.

—Todo bien —asintió—. Tan sólo ha fallado ese viejo lobo, Allen Kastein.

—Bueno, eso ya lo temíamos. ¿Cuál ha sido su actitud?

Un relámpago de odio pasó por los ojos del pistolero.

—Desastrosa... para él. Me ha insultado. Y, desde luego, no piensa pagar ni un centavo. Se ha propuesto llevar el mismo su manada hasta Kansas City.

—También eso nos lo temíamos. La última vez le perdimos doscientas cabezas. Demasiadas. La lástima es que no se me hubiese ocurrido la vez anterior el plan que tenemos ahora en marcha... Claro que ahora será mejor... ¿Cuánto se ha reunido en anticipos para los gastos de... conducción?

—Sesenta y seis mil dólares.

—No está mal... Y eso que Kastein no ha pagado.

—Ni tampoco Nina Carrington, Beatrice Morrell me ha entregado esta noche sus diez mil dólares... Aquí los tiene.

Klingenberg tiró el fajo de billetes sobre la mesa del despacho. Leonard Garvey ensombreció el gesto, y se quedó mirando el dinero. Cuando alzó la mirada fue para fijarla intensamente en el pistolero.

—¿Y el de Nina Carrington?

—Ya le dije que ella era cosa mía. No tiene por qué pagar —al decir esto, Klaus Klingenberg sonrió admirativamente—. Sin embargo, tiene tanta dignidad que no querrá privilegios. Sé que en cuanto saque el dinero del banco, mañana mismo irá a pagarme a las oficinas de la Ungatex en Banhart.

—¿Y tomará usted el dinero?

Klingenberg pareció asombrado.

—Desde luego. ¿Qué más da? También usted va a tomar el de Beatrice Morrell, ¿no? Y ni la señora Morrell ni Nina Carrington van a salir perjudicadas, en definitiva. ¿Cómo va el asunto de la «herencia»?

—Bien. Ya todos se están enterando de que mi hermano, que vive en el Este, está muy enfermo...

Se echaron a reír.

—¿Qué dice su hijo sobre esto?

—Oh, a Sammie no le importa gran cosa el Este ni su tío. Cuando llegue el momento de ir a cobrar la «herencia» dejaré al muchacho al frente del rancho, lo cual le llenará de orgullo y le encantará, y yo iré al Este. Cuando vuelva, habré cobrado la «herencia», y a nadie le extrañará que saque a flote el rancho... a pesar de lo que va a suceder con la Ungatex.

—Supóngase que alguno de sus vecinos o amigos quiere asegurarse de que el cuento de la herencia es verdad, Garvey.

—¡Bah! ¿Por qué habría de querer cerciorarse nadie, Klingenberg? Soy una persona honrada. Lo que yo diga será aceptado. No se complique la vida pensando en mis cosas. Usted haga bien su parte, que la mía ya sé yo cómo hacerla. Tenga en cuenta, además, que ya hace más de un mes que recibí aquella carta de mi «hermano». Todos lo saben. Aceptaron mi explicación de que mi hermano y yo nos habíamos separado muchos años antes, disgustados y... ¿cómo no habían de admitir que, al verse enfermo, quizá moribundo, él haya querido hacer las paces conmigo? Hay muchos casos así en la vida, Klingenberg. ¿Y sus planes?

—Son cuenta mía, Garvey.

—Se me ocurre que quizá quisiera ser demasiado listo...

—No diga tonterías. El listo lo ha sido usted. Fue usted quien lo planeó todo. Hasta entonces yo había sido un pistolero bien pagado para proteger de los indios y los cuatreros las manadas de la Ungatex que subían hacia Kansas. Usted me dio un puesto mejor: representante de la Unión Ganadera de Texas.

—Yo no se lo di, Klingenberg.

—Bueno, me sugirió a mí que si Richter Byerly moría, yo podía dirigir la Ungatex. Me pregunto por qué una vez muerto Byerly no se colocó usted en

la presidencia.

El ranchero lo miró como sorprendido.

—¿Le hubiese parecido una buena idea?

—No —admitió el pistolero—. Si usted se hubiese puesto al frente de la Unión Ganadera no podría hacer lo que está haciendo. En cambio, siendo yo el que, aparentemente, la dirige, pueden pasar muchas cosas... y usted quedar a salvo de reproches y responsabilidades.

—De momento, para todo el mundo, es usted el director general de la Ungatex. Cuando ésta falle, usted será el responsable. Yo no sabré nada de nada. Seré, repito, uno más de los ganaderos que pedirán su cabeza y ofreceré algo de dinero por ella. Después de esto, usted y yo no volveremos a vernos jamás. Cada uno vivirá su vida y sus proyectos.

Los ojos de Klingenberg brillaron alegremente.

—Le aseguro que sabré vivir mi vida, Garvey. Y que no le necesitaré ya para nada a usted.

—De acuerdo, de acuerdo, —rió Garvey; luego suspiró—. Desde luego es una pena que la Ungatex tenga que desaparecer. Era una organización que, en sus principios, favorecía a todos.

—Menos a algún que otro ganadero que estaba arruinándose —musitó intencionadamente Klingenberg—. A éstos ni la Ungatex ni nadie podía solucionarles nada. Por fortuna las cosas se pusieron bien para usted cuando quitaron de en medio a Richter Byerly... ¡Pobre hombre!

—No sea cínico, Klingenberg: usted lo mató.

—Por orden suya, ¿no? Por cierto, ya que hablamos de esto, me temo que Silverman sospecha algo.

—No diga tonterías. No le habrían aceptado como dirigente de la Ungatex, si sospechasen de usted.

—Eso parece razonable. ¿Tenemos algo especial que hablar, Garvey? Ah, necesito doce mil dólares para pagar a mis hombres.

—De acuerdo en eso. Respecto a si tenemos algo especial que hablar, pues sí. ¿Qué hay exactamente entre usted y Beatrice Morrell? Se lo digo porque a mí me interesa sinceramente Beatrice.

—Pues toda para usted —sonrió Klingenberg—. Yo solamente la he besado unas cuantas veces, por necesidades de la farsa. A mi quien me interesa es Nina Carrington, toda una dama del Sur. Así que no tendremos problemas.

—Estupendo —suspiró Garvey—. Bien, ya sabemos lo que tenemos que hacer cada uno, ¿no? Pues hasta la vista.

* * *

Al acostarse aquella noche Silverman repasó lo sucedido durante el día. Sonrió al recordar el enfado de Kastein cuando, al regresar de Banhart, no quiso decirle lo que había estado haciendo allí. Luego pensó en el ramillete de madreselvas que había recogido con la intención de entregárselas a Nina Carrington..., y que finalmente habían ido a parar al fogón de la cocina del rancho.

Era absurdo soñar.

CAPÍTULO VI

Los tres jinetes se habían reunido en Vado Caliente. Cada uno de ellos había recibido un telegrama con idéntico texto:

LOS CUATRO CUANTO ANTES EN VADO CALIENTE CONDADO DE IRION PUNTO ESPERAD ALLÍ FIRMADO A. D. KASTEIN

Pero no eran cuatro, sino tres, por el momento. Hasta que vieron al jinete qué poco antes se detenía ante ellos, y sin desmontar, a pleno sol, se quedó mirándolos socarronamente. Los tres, simplemente le observaban.

—¿Qué tal? —saludó de pronto el recién llegado, mucho más joven que los otros tres—. ¿Cómo estáis, Darwin, Hans, Ed?

—¿Quién demonios es usted?

—Mi padre me lo advirtió —rió el joven—. Los identificarás enseguida, Roy: son los tres tipos de peor aspecto que puedas buscar en toda Texas. Darwin está gordo como un cerdo, o por lo menos lo estaba hace nueve años; ahora debe estarlo más aún, supongo. Hans es peligroso, de gesto avinagrado y mirada perversa; tiene los ojos tan verdes como la hierba. Pero el más fácil de reconocer es Ed, el tipo más delgado y alto de toda Texas. Son tres cretinos sin inteligencia, pero aunque tú sabes tirar tan bien como yo, te aconsejo que no desafíes a ninguno de ellos. Sólo un hombre ha sido capaz de meter en cintura a esos tres tipos: Allen Donald Kastein. Ya te he hablado muchas veces de Allen, ¿verdad? Bueno, pues a ver qué pasa, y procura que esos tres idiotas no se metan en ningún lío. Bueno, pues esto fue lo que me dijo mi padre.

Hablando así el muchacho exhibió un telegrama, que los tres sujetos relacionaron inmediatamente con el que habían recibido ellos. Hans exclamó:

—¡Que me maten si no tenemos ante nosotros al pequeño Roy, el hijo de Richard Robinson! ¿Por qué has venido tú y no tu padre, chico?

—Se rompió una pierna persiguiendo a unos cuatreros.

Los tres se miraron, y, de repente, se echaron a reír con auténtico recochineo. Roy Robinson desmontó entonces, y ellos, sin dejar de reír, le tendieron la mano, que el muchacho fue estrechando. Roy Robinson llevaba

un solo revólver, colgando muy bajo, y para tipos de la calaña de aquéllos eso lo definía todo: el muchacho sabía tirar, y punto. Y además era simpático y atractivo. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

—Bueno —concluyó Roy, tras el saludo—, mi padre y yo hemos interpretado que el viejo Kastein está en apuros. ¿Qué sabéis de eso?

Hans Troyer, Darwin Jones y Ed Sims movieron la cabeza negando.

—Por el momento lo mismo que tú, chico. Pero bueno, sólo tenemos que ponernos cómodos a la espera de ese perro asqueroso que es Allen D. Kastein.

—¿Acaso no aprecias a Kastein, Hans? —preguntó Roy.

—Claro que no. Ninguno de nosotros lo apreciamos.

—Ya —sonrió irónicamente Roy—. Pero os habéis apresurado a venir, según estoy viendo. Y no me vengáis con mentiras. Conozco muy bien vuestra historia y la de Kastein. No olvidéis que mi padre era ayudante suyo cuando Kastein os fue retorciendo las orejas hasta que os convenció de que debíais ser honrados y dejar de fastidiar al prójimo, o él os mataría a vosotros. Después de haber sido unos canallas estáis vivos porque Allen D. Kastein quiso ayudaros. Darwin pasó dos años en la cárcel, pero podía haber sido mucho peor si Kastein no hubiese intervenido; y cuando salió de la cárcel, Kastein le prestó mil quinientos dólares, gracias a lo cual Darwin tiene ahora un modesto ranchito, una esposa tan lustrosa como él, y vive feliz y honrado... aunque aburrido. A Hans le ocurrió algo parecido. Estuvo sólo un año en la cárcel, y cuando salió, Kastein le prestó mil dólares. Gracias a eso Hans Troyer es ahora un honrado tendero en Valley Mills, condado de Bosque, y tiene tres hijos. En cuanto a Ed, ni siquiera estuvo en la cárcel, porque Kastein convenció al jurado de que los hombres que Ed había matado se lo habían merecido; así que todo lo que le impusieron fue un mes de arresto en el calabozo, allí mismo. Pero se portó tan bien que andaba todo el día por la calle, ayudando a Kastein y a mi padre. Cuando acabó el mes de arresto, Ed se fue del pueblo con quinientos dólares prestados por Kastein, y ahora tiene un modesto pero muy bonito hotel en Winberly, condado de Hays. Así, que, aunque antes de eso habías matado a varios hombres cada uno, está bien claro que ahora, gracias a la intervención de Kastein en vuestra vida sois personas honradas en lugar de haber sido linchados o baleados hace ya tiempo. Aunque mi padre me ha asegurado que tipos como vosotros jamás dejan de ser malos y canallas... ¿Verdad que nunca habéis dejado de practicar con el revólver? Pues estupendo, porque así vais a tener la oportunidad de desahogaros para nueve años más de ejemplar vida honrada. Porque supongo que esta llamada significa que Kastein nos necesita, ¿no os parece?

—Muchacho —masculló Darwin, que fue el primero en reaccionar—: si tienes la mano tan suelta como la lengua debes tirar mejor que tu padre. Y te diré una cosa: es cierto, tenemos ganas de pelea, de quitarnos aunque sólo sea por unas horas esta piel de ovejitas que llevamos puesta hace nueve años. Somos todo lo que tú quieras, pero no somos los hombres más malos de Texas. Hay otro hombre mucho peor que nosotros tres juntos.

—Pero ése ya está con Kastein. Porque supongo que os referís a Hillel Silverman, ¿no es así?

* * *

Hillel Silverman llegó aquella noche, a caballo, detrás del calesín de los Kastein, al rancho de los Morrell, cuya iluminación resultaba desacostumbrada.

Uno de las cosas a las que no puede resistirse un vaquero es el baile del sábado por la noche, y, aunque en aquellos días el trabajo era durísimo en todos los ranchos, nadie podía desdeñar el baile de cumpleaños de Jo Morrell, la cual se hallaba frente a la casa recibiendo a los invitados.

—Buenas noches, Jo —saludó Allen Kastein.

—Bien venido, señor Kastein. Hola; Florence... Creo que Sammie ya está por ahí dentro. Y me parece que te busca.

Florence Kastein se sonrojó, y miró de reojo a su padre que sonrió.

—Bueno, Flo, si el hijo de Leonard está buscándote no es cosa de hacerle esperar más. Felicitemos a Jo por su diecinueve cumpleaños y entremos en la casa. Espero que haya un buen ponche. Jo.

Hubo más risas. Kastein y su hija entraron en la casa, de la cual llegaba música, y Hillel Silverman se quedó ante el porche. Justo en el momento en que aparecía Claude Morrell, el joven hermano de Jo, ésta decía:

—Me parece que usted no está invitado, señor Silverman.

—Procuraré no molestar demasiado —sonrió Hillel—. ¿Qué tal, Claude?

—Mal, como siempre que oigo decir tonterías a Jo. Ven adentro a Bailar un rato.

—A mamá no le gustará —murmuró Jo.

—Mamá ya tiene bastante con ocuparse de otra persona.

—¡No hables así!

—Al diablo, hermanita. Hillel, ¿nos veremos mañana para seguir practicando con el revólver?

—Tendrás que practicar solo hasta que regresemos de Kansas City.

—Vaya, hombre. Bueno, esta noche todos dejan su revólver junto al abrevadero —sonrió el muchacho—. Te lo digo por si tú quieres hacer lo mismo.

—Lo pensaré. Hasta luego, Claude.

Hillel se dirigió hacia el abrevadero llevando de las bridas a su caballo. Lo dejó suelto y se sentó al pie de un álamo. Desde la casa llegaban voces y risas mezcladas con la música. Bailar... ¡Qué estupidez! Se puso a liar un cigarrillo, y cuando lo estaba encendiendo la voz de mujer le llegó por atrás:

—Buenas noches, Hillel.

Quiso ponerse en pie, pero ella le puso una mano en el hombro impidiéndoselo, y al mismo tiempo se sentó a su lado.

—Buenas noches, señora Carrington —murmuró Silverman.

—Me aburren los bailes... ¿Le asombra?

—Muchísimo. Tenía entendido que los aristócratas del Sur son muy aficionados a las fiestas.

—Quizá yo sea distinta... ¿Cómo se hizo esa cicatriz, Hillel?

—No me la hice. Me la hicieron. Un hombre llamado José Chávez.

—¿Qué... qué pasó?

—No creo que le interese la historia de mi vida.

—Pues se equivoca. Me interesa. Si no fuese así no estaría con usted.

—¿De veras? Pues puedo resumírsela. A los veinte años yo había matado ya catorce hombres...

—¡Por Dios...!

—El que hacía el número catorce era un muchacho de diecinueve años, uno de esos cretinos que van por ahí buscando pelea, queriendo adquirir fama de rápidos con el revólver. El chico opinó que matarme a mí podía proporcionarle mucha fama, y lo intentó. No tuve más remedio que defenderme y matarlo, pero hubo quien opinó que yo era demasiado rápido para el muchacho, que era un asesino implacable, y decidieron lincharme.

—¡Oh!

—No vale la pena entrar en detalles, pero puedo decirle que el *sheriff* de aquel pueblo lo impidió, y me ayudó a escapar. Chocante, ¿verdad? Pero es que él había visto claramente que yo no tuve más remedio que defenderme. Nadie se deja matar, ¿comprende? En fin, que pude salvar la vida gracias a aquel *sheriff*, pues la turba ya me tenía prácticamente colgado del árbol... De cualquier modo, pusieron mi cabeza a precio y hasta me persiguieron, más adelante. Fue entonces, cuando andaba acosado por las montañas cuando me tropecé con el mexicano que quiso matarme para robarme el caballo, pues el

suyo yacía muerto. Me sorprendió, tuvimos una pelea terrible, y me hizo esto de la cara... Fue lo único que hizo en su vida: le partí la cabeza con una piedra a falta de revólver.

—Pero todo eso... es horrible...

—Le estoy contando las cosas muy resumidas y sin... detalles —la miró Silverman—. Bueno, ahora viene lo mejor. Tiempo después me entere de que aquel *sheriff* había encontrado el cadáver del mexicano en las montañas, y que lo había enterrado diciendo que era yo. Entonces, justo cuando aquel *sheriff* terminaba su último período lo busqué para agradecerle lo que había hecho. ¿Y sabe qué me dijo?

—¿Qué?

—Pues me dijo: ya es hora de que dejes de ir por ahí matando gente. Ven a trabajar conmigo..., así podré vigilarte de cerca. Y como yo me había dejado la barba, y todos creían que había muerto, y además me puse el falso nombre de Hillel Silverman, nadie me ha molestado desde entonces. Supongo que usted ya ha comprendido que el nombre de aquel *sheriff* era Allen Donald Kastein, señora Carrington.

—Sí... Sí, sí. Entonces... ¿cuál es el nombre verdadero de usted?

—Es el nombre de un asesino: Mike Gilyounger. Si preguntase usted se enteraría de que Mike Gilyounger era el hombre más... implacable y rápido con el revólver que pudiera buscarse.

—Entonces... entonces, ¿no es cierto que le tuviera miedo a Klaus?

—A Klaus Klingenberg le queda muy poco tiempo de vida... a menos que usted lo ame.

—Claro que no lo amo. ¡Oh, usted... es un tonto completo, Hillel!

—¿Por qué dice eso?

—¿Se asombraría de que una mujer como yo pudiese amarlo?

—Mire, yo sigo, siendo el hombre que Kastein «intentó» convertir en una persona... normal. Cualquier clase de relación entre usted y yo es sencillamente impensable.

—Oh, yo no lo veo así. Usted no debe... ¿Qué ocurre?

Silverman se había puesto en pie, y tras la sorpresa Nina lo imitó. Él estaba mirando hacia la casa, en cuyo porche estaba Beatrice Morrell. Klaus Klingenberg aparecía entonces por un lado del porche, seguido de tres desconocidos, los cuales parecían interesar especialmente a Hillel. Mientras Klingenberg se dirigía hacia Beatrice, los tres hombres se encaminaban hacia el abrevadero, como dispuestos a dejar sus armas allí, igual que habían hecho todos; todos menos Silverman.

Al pasar por delante de Hillel y Nina, uno de los sujetos los miró, y comentó:

—Atiza, una dama con una rata... ¿Qué os parece, muchachos?

Los tres se detuvieron, sonriendo burlescamente. Hillel Silverman procedió en el acto a apartarse de Nina, encaminándose hacia el abrevadero. Por el momento no quería pelear...

—Eh, muchachos —dijo el mismo gracioso de antes—, mirad: ¡la rata va a beber agua donde beben los caballos!

—Pues a lo mejor se ahoga —rió otro—. ¡Asco de ratas!

Hillel Silverman se detuvo, se volvió para darles frente, y se quedó mirándolos con una maligna expresión que ninguno de los tres hombres pudo comprender ni valorar. Calmosamente, dijo:

—Apuesto a que conocéis bien a las ratas porque sois hijos de tres de ellas.

—¡Ahora vas a ver...! —aulló uno de los pistoleros.

Movió velozmente la mano hacia el revólver..., y Silverman sacó su revólver como una centella, disparó, y le metió la bala en el corazón al desdichado Cozby, que murió sin enterarse de nada, saltando hacia atrás y dando un manotazo espasmódico al compañero de su derecha, impidiéndole desenfundar. El otro sí consiguió sacar su revólver, pero Silverman disparó de nuevo, y la mano del hombre estalló en sangre y el revólver saltó lejos de ella. El hombre lanzó un chillido espantoso, y gritó enseguida:

—¡Mátalo tú, Baker, mátalo tú...!

Pero Baker ya no lo intentó. Se quedó inmóvil, aleccionado por la muerte de Cozby y la herida que había mutilado a Echols, ahora sollozante sujetándose la mano destrozada, postrado de rodillas por el tremendo dolor.

En la casa había cesado la música, y todos los invitados salían al porche. Algunos de ellos, encabezados por Kastein, corrían ya hacia el abrevadero. Silverman se acercó de pronto a los dos hombres, y propinó al sollozante Echols un espantoso puntapié en el estómago que lo derribó poco menos que muerto. Baker comprendió que estaba ante una fiera, y quiso entonces sacar su revólver, pero Hillel le sujetó la mano derecha, y con el cañón de su revólver le golpeó en la nariz, partiéndosela como si fuese una simple caña seca. Baker cayó al suelo aullando, llevándose ambas manos al rostro..., y recibió un puntapié en los testículos que lo dejó fuera de combate, pese a lo cual Silverman la emprendió a puntapiés con él y con Echols, que se movía débilmente... Los que presenciaban la feroz escena estaban helados de terror.

Nina Carrington, pálida, tenía los ojos casi desorbitados y fijos en la implacable fiera que golpeaba una y otra vez...

Allen Kastein se colocó ante Silverman, y le sujetó por los hombros.

—¡Hillel! —gritó—. ¡Basta! ¡Ya basta!, ¿me oyes?

Silverman lanzó su mirada como un rayo de muerte hacia Klaus Klingenberg, pero enseguida miró a Kastein, y susurró:

—De acuerdo, Allen. Ya basta.

Pareció que el ambiente se relajase de pronto. Adcok, el alguacil de Banhart, que por supuesto estaba invitado a la fiesta, se acercó a los dos, y murmuró:

—Tendrás que venir conmigo, Silverman.

—Nada de eso —le miró fríamente Hillel—. Estos tres hombres querían matarme, y puedes convencerte preguntándoles a los que quedan vivos. Querían matarme por dos motivos. Uno, que soy el único hombre que Allen tiene a su lado dispuesto a todo. Dos, que no pueden soportar verme junto a...

—¡Qué diablos! —exclamó de pronto un hombre, acercándose a Nina Carrington—. ¡Llevo toda la noche sin querer creer lo que ven mis ojos, pero tengo que creerlo...! ¿Verdad que tú eres la Bella Loretta?

Klaus Klingenberg palideció al oír esto, aunque no tanto como había palidecido la propia Nina Carrington.

—Lo siento, Nina —jadeó Klaus—. Ése es de los vaqueros de la Ungatex, pero no le haga caso. Está borracho... No es fácil encontrar vaqueros para una conducción tan dura, y he tenido que aceptar lo que había... Por favor, no tenga en cuenta lo que ha dicho este hombre...

—¡Pero qué diablos! —estalló el borracho—. ¡Les digo que esta fulana es la Bella Loretta, y que va a bailar ahora conmigo...!

Una fusta apareció en la mano de Klingenberg, que aplicó un tremendo golpe en pleno rostro al vaquero borracho. Éste lanzó un berrido, se llevó las manos a la cara, retrocediendo, y tras un par de segundos que precisó para controlar su dolor miró rabiosamente a Klaus.

—Se arrepentirá de esto, Klingenberg, se lo juro —señaló a Nina con un dedo tembloroso por la ira—. En cuanto a esta pájara es la Bella Loretta, le guste a usted o no. La vi hace un par de años en una taberna de lujo en Nueva Orleans... ¡Vaya a Nueva Orleans y pregunte a los elegantes de allí que tenían el dinero suficiente para tirársela!

Klingenberg se dispuso a seguir golpeando al vaquero, pero Adcok le arrebató la fusta de las manos, gritando:

—¡Ya basta, quietos todos! ¿Qué se han propuesto?

Klaus Klingenberg no le hizo caso. Estaba mirando a Nina, que se alejaba con la cabeza baja.

—¡Nina! —Hamo—. ¡Espere, no se vaya! Nadie ha creído nada de lo que ha dicho Coles... ¡Lo mataré, lo haré pedazos! Mataré a todo aquel que haya creído sus infames palabras, sus mentiras...

—El caso es, Klaus —dijo con voz trémula Nina Carrington—, que ese hombre no ha dicho más que la verdad. Buenas noches... a todos...

Klaus Klingenberg pareció a punto de morir al oír aquello. Sentía sobre sí la decepcionada mirada de Beatrice Morrell, y le agitaba un estremecimiento de rabia horrible por haberse puesto en evidencia de aquel modo al defender a una mujer que había resultado ser... La Bella Loretta. Vio a ésta mirar al ahora impávido Silverman, subirse a su calesa, y marcharse de la fiesta de cumpleaños de Jo Morrell.

Y todavía nadie había reaccionado cuando se oyó el rápido galopar de un caballo acercándose. El jinete tardó muy poco en aparecer en la explanada, muy inclinado sobre el cuello del caballo, al que se agarraba con fuerza. Todos oyeron su voz angustiada:

—¡Patrón! ¡Señor Kastein! ¡Silverman!

Éste acudió al encuentro del jinete, retuvo el caballo, y enseguida procedió a ayudar a desmontar al vaquero, que estaba lívido y tartamudeaba.

—Está bien, Dowdy, tranquilízate —intentó calmarlo Silverman.

—¡Mi pierna, mi pierna...!

—Iremos con cuidado. De momento vamos a tenderte en el suelo... Tranquilo. Cuanto antes te calmes antes podrás decirnos lo que ha ocurrido.

Finalmente el vaquero consiguió coordinar su explicación, que dejó aterrados a todos cuantos la escucharon: se había producido una estampida de más de seis mil cabezas de ganado, que lo habían arrollado todo, incluso a dos vaqueros, y Dowdy había podido escapar sólo con una pierna pisoteada por pura suerte. Los Vaqueros Bowles y Tomás habían desviado en lo posible la manada de Dead Creek Canyon, donde se habían despeñado más de trescientas reses...

Allen D. Kastein se llevó una mano al corazón. Estaba demudado. Silverman le agarró de un brazo, y su mirada cayó como un impacto de hielo sobre Klaus Klingenberg.

—Esto merece una muerte especial, Klingenberg —susurró—. Espero que no se le ocurra marcharse ahora de Banhart. Nos veremos.

—¿Se atreve a acusarme a mí de eso? —jadeó Klingenberg.

—Usted, esta noche, se ha pasado de la raya —insistió Hillel—. Hasta el punto de que merece que le haga una confidencia: no se va a enfrentar a Hillel Silverman, sino a Mike Gilyounger.

—¡Váyase al diablo!

Silverman soltó a Kastein, adelantó un paso hacia Klingenberg, y lo derribó de un escalofriante puñetazo en la barbilla. Inmediatamente, como se temiera llegar más allá de su reacción, Hillel se apartó, llamando a Claude Morrell, que apareció enseguida ante él.

—Vas a ir ahora mismo a Vado Callente, Claude. Encontrarás allá a cuatro hombres. Diles que te envía Allen Donald Kastein y condúcelos al ADK Ranch. Di solamente eso, te pregunten lo que te pregunten.

El muchacho asintió, y corrió hacia la cuadra. Kastein se plantó ante Silverman y murmuró:

—¿Vamos ya hacia Dead Creek Canyon?

—Escucha —le apuntó Silverman con un dedo—, si te quieres matar... ¿por qué no te pegas un tiro? Es más rápido y menos doloroso.

Kastein comenzó a refunfuñar, Sammie Garvey miró de reojo a Florence.

—Si yo puedo ayudar en algo... —se ofreció.

—Así se habla, Sammie —Leonard Garvey apoyó una mano en el hombro de su hijo—. Podemos reunir nuestro equipo y echar una mano al de Allen, mientras él descansa. Estoy seguro de que no seremos los únicos en ayudar.

Silverman fue el último en montar, y el último del grupo que se alejaba tras la calesa de los Kastein. Y vio a Leonard Garvey acercarse a Beatrice Morrell... Pero ya no podía oír sus palabras. Bien, él tenía otras cosas que hacer bien diferentes a ocuparse de los asuntos de Garvey y Beatrice...

* * *

Beatrice Morrell estaba boquiabierta.

—Pero... Leonard... ¡Usted no puede estar hablando en serio!

—Por supuesto que hablo en serio.

—Es increíble... Tantos años viéndonos, conviviendo... ¿Por qué no me dijo nada hasta ahora?

—Últimamente he tenido dificultades económicas, y no quería que usted pudiera pensar que... que era su riqueza lo que me atraía...

—¡Pero si su rancho es mejor que el mío!

—El rancho tal vez, pero he pasado tantas dificultades de dinero... Ahora, debido a un asunto familiar, a una herencia, todo va a cambiar, y por eso,

finalmente me he atrevido a decirle que la amo; no he podido esperar más. Además... Bueno, circulaban esos falsos rumores de que usted amaba a Klingenberg.

—No son rumores falsos.

—Ah... Bueno, ya sé que él es más... joven y apuesto que yo, pero... dudo que pueda amarla como la amo yo. Es más, todos hemos podido ver que ha demostrado un... gran interés por Nina Carrington... Bien, no sé qué más decir. Sólo me resta pedirle que se case conmigo, Beatrice.

—Leonard —dijo con voz tensa de mujer—, una persona no puede... cambiar sus sentimientos en unos minutos. No sé si Klaus merece o no que le siga amando, pero no puedo... decir que en unos pocos minutos he dejado de amarlo.

—Sí... Lo comprendo. Dígame, al menos, si puedo conservar... alguna esperanza.

Beatrice Morrell bajó la cabeza, y susurró:

—¿Qué sería de la vida si no tuviéramos esperanzas, Leonard?

CAPÍTULO VII

Cuando llegaron al ADK Ranch ya había tres o cuatro vaqueros en el porche, que recibieron silenciosamente a su patrón y a la voluntaria ayuda para reunir el ganado.

Y, por el norte, llegaban otros tantos. Se congregaron en el porche casi al mismo tiempo que Kastein y los demás. Silverman, que no se había molestado en cubrir la distancia que lo separaba del grupo, fue quien primero comprendió que algo no iba a ir bien aquella noche, pero no dijo nada. No siquiera desmontó, permaneciendo a la expectativa. Conocía a los hombres.

Allen Donald Kastein, a pesar de ser veinticuatro años mayor, y de preciarse de saber a qué hombre se le podía conceder una oportunidad, jamás había aprendido tanto de sus semejantes como Hillel Silverman.

Por eso, al ver acercarse por el porche al grupo de vaqueros, gritó alegremente:

—¡Eh, muchachos, no desmonten! ¡Vamos a volver ahora mismo a Dead Creek Canyon! Y os prometo un mes de paga extra si...

Se calló, porque los vaqueros recién llegados estaban desmontando, como si no le hubiesen oído. Como los otros, subieron al porche, incluso antes de que lo hiciese Kastein. Uno de los recién llegados se adelantó, hasta el borde del escalón más alto del porche.

—Patrón: no va a poder contar con nosotros.

—Spear, ¿estás hablando en serio?

—Sí, patrón. Ve a: hay seis mil reses en estampida...

—¡No digas tonterías! Ninguna estampida dura más de media hora. Incluso menos. La estampida ya debe haber acabado...

—No, patrón. El ganado es espantado una y otra vez. Las reses están tan nerviosas, que basta la llama de una cerilla para ponerlas de nuevo en movimiento. O una tos. O un grito... Son seis mil cabezas, patrón. Jerry y Philip han sido machacados. Si no supiésemos que eran ellos, de ninguna manera habríamos podido reconocerlos.

—Las estampidas son tan viejas como el ganado, Spear.

—Cierto. Pero no los disparos de rifle.

—¿Disparos... de rifle?

—Tomás, el mexicano, y Bowles, se las arreglaron para desviar el ganado de Dead Creek Canyon. Consiguieron que no se despeñasen más allá de unas trescientas reses. Luego, cuando formaron la espiral, Tomás tiene un agujero así de grande en un hombro, Bowles oyó varias balas pasar por encima de su cabeza, muy cerca, y el caballo se rompió las dos patas delanteras, por fin. Están vivos de milagro. No es sólo una gran estampida, patrón. Son los rifles. Nosotros no vamos a ir esta noche a silbarle el ganado. Sólo somos vaqueros, patrón, compréndalo.

Hubo un largo silencio. Al cabo, Kastein se dirigió a los otros vaqueros del porche:

—¿Y vosotros? —musitó.

Uno de ellos se adelantó, hasta colocarse junto a Spear.

—Mañana por la mañana...

—¡Mañana no! ¡Hay seis mil reses sueltas por los pastos, Tisdale! ¡Seis mil reses del ADK Ranch, y esta noche hay luna! No se trata de mañana, sino de «ahora».

—Patrón, esos rifles...

—¡Nosotros también tenemos rifles!

—Pero no los manejamos igual. Esos cuatreros...

Una risa interrumpió a Tisdale. Todos miraron hacia Silverman, que era quien había reído. Movi6 su caballo, y qued6 en el centro de aquel grupo de jinetes no inferior a treinta.

—¡No hay cuatreros! —no todavía—. No se trata de cuatreros, muchachos, sino de pistoleros... Eso empeora las cosas, ¿no es así?

Uno de los ganaderos que había reunido su equipo para ayudar, pregunt6:

—¿Qué quieres decir exactamente, Silverman?

—Muy sencillo, Crawles: pistoleros de la Ungatex. Escuchen bien esto: Allen ha sido el único que no ha querido tratos con la Unión en esta ocasión. No ha pagado su anticipo en concepto de gastos. Hasta ahora, ha contado con un buen equipo, capaz de llevar el ganado a Kansas City. No necesitaba ni a esa organización ni a nadie. Ahora, va a necesitar a alguien... Posiblemente, a la propia Ungatex. Todos conocen a Allen D. Kastein: el que se niegue a trabajar esta noche con él, jamás podrá volver a hacerlo. Se ha contado con eso. Unos cuantos disparos de rifle, una estampida... y el equipo del ADK Ranch se ha acobardado. Nadie querrá cabalgar esta noche. Mañana, será Allen quien no querrá a nadie a su lado. Es el orgullo de un hombre

decepcionado. Esta noche todos ustedes van a marcharse de aquí sin ayudar a Allen. Buen camino y felices sueños, señores.

El ranchero Barnes escupió rabiosamente.

—¿Qué está tratando de decir, Silverman?

—Hay seis mil reses sueltas por la pradera, a disposición del primero que quiera provocarles una estampida... ¡Seis mil animales, Barnes! Salir en busca de ellos en una noche de luna más o menos posible en circunstancias normales. Pero, aunque haya luna, si tenemos en cuenta la posibilidad de una o varias estampidas, a todos se nos enfrían los ánimos. Seis mil cabezas. Veinticuatro mil pezuñas, doce mil cuernos, casi cuatro millones de libras de animales asustados, locos... ¿Quién se va a poner delante de ellos?

Un gran silencio acogió las palabras de Hillel Silverman, que volvió a reír al cabo de unos segundos.

—Voy a decirles algo más. Los que han provocado la estampida y están dispuestos a provocar más, ya han calculado lo que iban a decir ustedes y el equipo del ADK Y ocurrirá lo siguiente: cuando dentro de tres o cuatro días todas las manadas integradas en la Ungatex se pongan en movimiento, la manada de este rancho tendrá que quedarse aquí, porque nadie la habrá recogido, ni dominado, ni reunido. ¿Por qué? Porque Allen no ha querido pagar los diez mil dólares de gastos iniciales... ¡que no existen! Y para cuando la manada de Kastein pueda ponerse en marcha hacia el norte, todo será muy penoso. Primavera. El agua empieza a escasear, el calor es muy fuerte, los pastos estarán arrasados por las manadas de la Unión ganadera que habrán pasado en primer lugar. Entonces, Allen debe tomar una decisión: quedarse aquí con el ganado, o pedirle, suplicarle a la Ungatex que le ayude a recogerlo y lo lleve hacia el norte. Si lo hace así, perderá cinco dólares por cabeza, más doscientas o trescientas reses, más esos diez mil dólares de anticipo para gastos iniciales. Si no lo hace así, tendrá que esperar al otoño para enviar sus reses a Kansas City, o a cualquier otro mercado, ya que ahora no tendrá vaqueros, ni ninguna posibilidad de conseguir un nuevo equipo, puesto que la Unión absorbe a todos los vaqueros que se acercan por aquí. Esto es lo que se ha pretendido hacer comprender a Allen D. Kastein: que no tiene más remedio que aceptar los servicios de esa organización, lo cual significa el pago de diez mil dólares y cinco dólares menos por res, además de la pérdida de doscientas o trescientas. Y ahora, ustedes, todos, se ponen de lado de los nombres que han provocado las estampidas, de los hombres que están disparando con rifles contra los vaqueros del ADK Ahora, ustedes, se irán a sus casas, y Allen quedará solo.

—Está... hablando demasiado, Silverman.

—¿Sí? Bien. Todos han pagado su parte de los gastos iniciales. Todos saben que esas cantidades ya han sido absorbidas por la Ungatex. Si la desorganizan ahora, perderán los anticipos... Pero ¿algunos de ustedes quiere ayudarme a desorganizar la Ungatex?

De nuevo un largo silencio.

—Silverman: no tenemos por qué pensar que la Ungatex es la causante de estás estampidas y de los disparos —expresó Crawles.

—¿Quién, entonces?

—Bueno... Seis mil cabezas son una tentación para cualquier grupo de cuatreros.

—¡No sea idiota, Crawles! —gritó, acramente, Silverman—. No hay en el mundo ningún cuatrero tan estúpido que provoque estampidas en una manada que pretenda arrear. Y dígame de una sola banda de cuatreros que se atreva a llevar seis mil cabezas. Señores... ¿alguno de ustedes quiere venir conmigo a los pastos, a Dead Creek Canyon, a North Prairie, a Gold Crossing...? ¿Alguno?

Habían llegado más vaqueros del ADK, en pequeños grupos. Uno de estos grupos, dos de cuyos miembros aparecían sangrantes, fueron los primeros en alejarse. Cuarenta dólares al mes no es para jugarse la vida. Luego comenzaron a marcharse algunos ganaderos, y con ellos sus respectivos equipos. Más vaqueros del ADK. Más vecinos...

Por último, sólo Sammie Garvey quedó en la explanada, todavía a caballo junto a la calesa de los Kastein.

—¿Sammie? —preguntó Silverman.

—Eeeh... Bien, no creo que dos hombres solos debamos ir a meternos bajo seis mil vacas, ¿eh?

—Ciertamente, Sammie, sería una locura.

—Entonces, creo... Yo vendré por la mañana, claro, y entonces entre todos...

—No habrá «todos», Sammie —atajó Kastein—: quien se vaya esta noche, ya no volverá jamás a mi rancho.

—Oh, entonces voy a quedarme... Yo puedo quedarme si tú quieres, Florence.

—¡No! ¡No quiero que te quedes!

—¡Florence!

—¡Márchate! ¡No te necesitamos! ¿Acaso no se ha ido tu equipo? ¡Pues vete con él! ¡No necesitamos a nadie!

—Florence, yo no merezco...

—¡Oh, Dios, qué estúpido eres...! ¡Yo no te quiero, Sammie, no podría quererte jamás...! Vete con los demás, que es lo que estás deseando hacer... Vete, y no vuelvas a ponerte ante mí... ¡Eres tan estúpido, tan distinto al hombre que yo podría amar!

—¡Florence!

—¡Florence! —imitó la muchacha—. ¡Cuernos, digo yo! ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Los Kastein no necesitan misericordia...! ¡Ni necesitan ayuda de nadie! ¡Márchese ya de una cochina vez! oyó la risita impertinente de Allen D. Kastein comprendió que todo encajaba allí: Florence era, simplemente, la hija del viejo lobo. ¿Qué otra cosa podría esperarse de ella? Sammie dio la vuelta a su caballo, y se alejó. Allen, todavía riendo, palmeó un hombro de su hija como si ésta fuese un muchachote robustísimo.

—¡Así se habla Flo! ¡Por muchos años que viva, jamás me sentiré tan orgulloso de ti como esta noche...! ¿Qué opinas tú, Hillel?

—Bueno, ella es hija tuya, no mía —rió Silverman; y añadió—: No creo que deba opinar nada.

—Yo sí puedo opinar —indicó Florence, sorprendiendo a los dos hombres.

—Ah, bien... Opinar, ¿sobre qué?

—Sobre Hillel Silverman, por ejemplo.

—¡Magnífico! ¿Qué opinas sobre él?

—Creo que es un asesino completo...

—... Con una fidelidad hacia quien, según su propio juicio, la merece. Hillel Silverman es malo como un bicho cruel, salvaje, feroz... Es muy desagradable su rostro, su trato, sus palabras por lo general ofensivas. Es deprimente contemplarlo así, tan alto, tan fuerte, tan malo, con esa capacidad para hacer cualquier cosa sin importarle su vida ni, mucho menos, la de los demás... Pero creo, papá, que en una situación como ésta, Hillel Silverman se convierte en el mejor aliado. Y, a veces, hasta me pregunto si, realmente, su rostro es tan desagradable.

—¡No me digas que ahora lo encuentras atractivo!

—No. No lo encuentro atractivo. Continúa... estremeciéndome un poco. Pero no creo que a un hombre se le deban pedir demasiadas cosas a la vez, papá. Yo... Creo que estamos solos, ¿no?

Lo estaban.

Nadie quedaba junto a ellos. A partir de aquel momento, nadie iba a ayudarles, ni de nadie iba Allen D. Kastein a aceptar ayuda... La explanada

estaba vacía, vació el porche, vacía la casa...

Todo resultaba bastante deprimente y frío a la luz de la luna.

—Sí —suspiró Kastein—. Creo que estamos solos, hija... Este maldito corazón, Flo, te abandonará cualquier día. Sólo quisiera, en ese caso, que Hillel continuara cerca de ti. Vamos dentro. Necesito un trago.

* * *

Florence sonrió. El *whisky* había animado el rostro de su padre. Se le veía más sonrosado, más natural. Sin embargo, en efecto, en cualquier momento aquel corazón podía dejar de latir.

—No hay que pensar en eso ahora —dijo Silverman, que fumaba cómodamente tumbado en uno de los sillones de piel de vaca del despacho—. Se trata de tomar una decisión. Allen. Estoy empezando a arrepentirme de no haber matado a Klingenberg esta noche.

—Todos cometemos una estupidez un día u otro. Ahora Klingenberg debe estar riéndose de nosotros. ¿Qué crees que debemos hacer concretamente, Hillel?

—Depende de los colmillos del lobo.

—Estoy harto de esa tontería... ¡Qué tantos colmillos ni tantas narices! ¿Adónde vas?

—Tenemos visita. Allen.

—Malditos sean tus oídos de víbora... ¿Quién llega ahora?

Silverman dejó caer el cigarro, y lo aplastó.

—Quizá tus colmillos. No te muevas: yo saldré a recibir a quien sea que llegue.

Kastein abrió la boca, dispuesto a preguntar algo, pero Silverman salió demasiado rápidamente para poder atenderle. El ranchero quedó silencioso. Ahora incluso él oía el galope de varios caballos. Luego, no oyó más que unas pisadas en el porche, en la casa...

La puerta del despacho se abrió, y Silverman apareció en el umbral.

—Tienes visita, Allen.

Entraron cuatro hombres. Allen Kastein frunció el ceño al mirar al más gordo. Luego, miró con un parpadeo de recuerdo al pelirrojo. Cuando vio al larguirucho se puso en pie de un salto.

—¡Ed Sims! —gritó—. ¡Y Darwin Jones! ¡Y Hans Troyer!

El gordinflón Darwin torció el gesto.

—¿De qué diablos se asombra, Kastein?

—Pero —Allen sacudió la cabeza—. ¿Qué diablos hacéis aquí... los tres juntos? ¡Maldita sea, no me digáis que después de un montón de años habéis vuelto a las andadas!

Troyer, Sims y Jones se miraron con perplejidad, un tanto enfurruñados. Florence los miraba a ellos entre asombrada y asustada. Jamás había visto a tres hombres tan desiguales entre sí y que, al mismo tiempo, produjesen aquella desagradable sensación de frío, de desasosiego total. Por un momento estuvo tentada a abandonar el despacho, pero la presencia del cuarto hombre desconocido la dejó como clavada en el sillón.

Era un muchacho alto, anchísimo de hombros, de ojos azules y aspecto de niño bueno y simpático, amable, cariñoso. Cuando la miró a ella, Florence tuvo la inmediata sensación de que la vida no era como ella la había vivido hasta entonces, de que le faltaba algo muy importante... Y que aquel algo importante lo tenía a su alcance.

—No, señor Kastein —contestó el muchacho de la mirada cariñosa—: nadie ha vuelto... todavía a las andadas.

—¿Quién demonios es usted?

—Me llamo Roy Robinson.

—¿Robinson? ¿Roy Robinson? Esto... No, claro, no puede ser...

—Mi padre me encargó un abrazo especial para usted, señor Kastein.

—¿Su... padre...? ¿Richard Robinson..., quizá?

—Sí, señor. El viejo Dick me dijo: «Roy: Allen es un tipo bastante antipático, en apariencia. Bueno, y en realidad. Pero no resulta intratable del todo. Primero gruñirá como un condenado, pero luego se dará cuenta de que eres un muchacho estupendo, y te tratará bien. Procura no fastidiarlo demasiado con tus bromas, y recuerda en todo momento que vas allá para ayudarlo, y dale un fuerte abrazo de mi parte». Esto... Bueno, mi padre me dijo que le diese besos a la pequeña Florence... Supongo que no puedo hacerlo, ¿verdad?

Florence se sonrojó violentamente, y Hillel rió por lo bajo, agudamente. Allen miraba todavía incrédulamente a los otros tres recién llegados.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó por fin.

—Ésa es una pregunta de las más idiotas —rezongó Hans Troyer; sacó su telegrama del bolsillo y lo tiró sobre la mesa; los demás hicieron lo mismo, casi a la vez—. Bueno, por lo menos a mí me parece bastante idiota, Kastein.

Allen recogió los cuatro telegramas, y los dejó. Todos decían exactamente lo mismo: «Los cuatro cuanto antes en Vado Callente, condado de Irion.

Esperad allí. A. D. Kastein». Una vez leídos, alzó la cabeza y miró a los cuatro.

—No comprendo... ¿Recibisteis esos telegramas? Están impuestos en Banhart, y yo no...

De pronto recordó. Miró rápidamente a Silverman, que estaba aún en la puerta, con la mano sobre un hombro de Claude Morrell que había ido a buscar a aquellos hombres. Claude llevaba un revólver sospechosamente bien colocado.

—Así es, Allen —admitió anticipadamente Silverman—: Yo puse esos telegramas, utilizando tu nombre. Si los hubiese firmado yo, quizá no habría venido nadie. Pero el nombre de Allen Donald Kastein tiene todavía mucho poder... ¿No es cierto, muchachos?

—Hillel... —comenzó a mascullar Kastein.

—¡Oh, vamos, dejémonos de tonterías! Ellos están deseando pelear y nosotros tenemos pelea que proporcionarles. Ellos te deben mucho, y estarán satisfechísimos de ayudarte matando a quien sea... Todo se complementa, Allen. Yo creo que ni siquiera es necesario insistir más sobre esto. No conozco al muchacho, al hijo de Robinson, pero conozco a Hans, a Darwin, a Ed. Están locos de impaciencia por sacar sus revólveres. Ellos sienten una cierta clase de aprecio por ti, Allen. Está bien; que te ayuden. Vamos a ir ellos y yo a visitar a Klaus Klingenberg por aquí, los que han estado ganando la partida. Déjanos ahora que nosotros les demostremos algo.

Allen D. Kastein movió negativamente la cabeza.

—No... No... No puedo enviar hombres como vosotros contra unos cuantos desdichados...

—¿No? —sonrió ferozmente Silverman—. ¿Por qué? Ellos han estado molestándonos, como ganaderos y personalmente. Todo ello porque dicen que tú eres ya un lobo viejo y desdentado. Muy bien: deja que ellos prueben la fuerza de estos colmillos, Allen.

—No... No puedo dejaros a vosotros actuar libremente con un revólver en la mano —Kastein estaba pálido—. ¡No puedo! Sería como soltar unos cuantos pumas en una manada de terneros... No quedaría ni un ternero. No puedo hacerlo, Hillel...

—¡No digas tonterías! ¡Tienes todo el derecho del mundo a usar tus fuerzas, como las han estado usando otros hasta ahora! Míralos. Ni uno solo de ellos va a negarse a sacar su revólver.

—¿Y yo? —sonrió Roy Robinson.

Hillel movió bruscamente un hombro, huraño.

—No queremos críos —gruñó.

—Críos, ¿eh? Según parece, usted es Hillel Silverman, ¿no?

—Según parece.

—Bueno, quizá se atreva a salir conmigo a la explanada y sacar su revolver a cinco metros de distancia de mí, Silverman.

Silverman le miró irónicamente.

—Oh, sí, quizá me atreva... ¿Por qué no?

—Deja en paz al muchacho, Hillel —advirtió Kastein.

—En paz queda. Allen. Parece simpático, y tu hija lo mira de un modo muy distinto a como me mira a mí. Eso es bastante. Escuche... Vamos a hacer un arreglo, Allen: el muchacho se va a quedar contigo y con tu hija. Parece capaz de usar bien el revólver. No hay que correr el riesgo de que te encuentren aquí solo, así que él se quedará en la casa, y Sims, Jones y Troyer saldrán conmigo a dar una vuelta a ver qué ocurre por los pastos, y si nos tirotean... Sólo una vueltecita, Allen. Danos la oportunidad de soltar una sola dentellada, como aviso. Luego, si tenemos que dar más dentelladas, la culpa ya no será nuestra, sino de ellos, que no habrán sabido comprender qué clase de gente tienen delante.

—Hillel; vosotros cuatro sois gente de instintos asesinos. Yo no puedo ser quien corte la cuerda que os retiene.

—¡Pero nos van a ahorcar a todos con esas cuerdas, Allen! ¿Qué importa que mueran unos cuantos hombres? ¿Qué importa, puesto que alguien tiene que morir? ¿Por qué hemos de ser nosotros? Dejamos demostrarles una sola vez qué clase de colmillos te han salido, y luego te juro que esperaremos.

Allen Kastein hubiese querido continuar negándose. Pero estaban demasiadas cosas en juego. Y, realmente, Hillel tenía razón.

—Está bien, Hillel —susurró casi temblorosamente—. Id a dar una vuelta. Sólo a ver qué está ocurriendo por los pastos... ¿De acuerdo?

Hillel Silverman sonrió, mostrando sus blancos y largos dientes. Fue una sonrisa que dejó helada a Florence Kastein y a Claude Morrell, y que hizo comprender a Roy Robinson que cuando Sims, Jones y Troyer le habían dicho que había un hombre más malo que ellos, no habían exagerado en absoluto.

—De acuerdo, Allen.

Salieron los cuatro. Nadie habló en el despacho durante casi un minuto. Cuando ya no se oía el galope de los cuatro caballos, Allen miró a Claude, a Florence, a Robinson...

—Casi me siento un asesino yo mismo —murmuró—. Por su propio bien espero que los hombres de la Ungatex no se tropiecen con Hillel y los otros

tres...

CAPÍTULO VIII

Nina Carrington estaba sentada en el sofá de su saloncito, a oscuras, llorando silenciosamente. Ella había mentido a todos. Ahora sería ya imposible que nadie volviese a llamarla señora Carrington. Todos sabían ya que no era la viuda de un caballero del Sur. ¡Oh, lo había hecho tan bien, tan bien...!

Y ahora, por culpa de un pistolero borracho cualquiera, todo se había estropeado. Debía despedirse de su vida apacible, de su posición, del respeto de quienes la habían aceptado en su ambiente como una auténtica señora de modales elegantes.

Aquellos duros años en Nueva Orleans, la taberna... de lujo. El tiempo pasado inexorable... Y el dinero. Día a día, año a año, guardando, ahorrando todo cuanto podía, con una meta, con un sueño. Con un sueño que, tras haber sido realidad, apenas durante un año, reventaba en el aire. Un sueño muchísimo más corto que los años de Nueva Orleans.

El tiempo saltaba hacia atrás en su mente, desordenado... Se veía contando en Radiant Moon, oía los gritos de los hombres, recibía flores..., regalos... Todo había sido inevitable, quizá, porque ella, siempre soñando en un futuro como el que acababan de destrozarle, no se detuvo ante nada... Luego, alcanzó la cifra que se había fijado. Entonces la Bella Loretta desapareció de Nueva Orleans, de Louisiana... Y en Texas apareció la señora Carrington...

Ahora, ella volvía a ser la Bella Loretta.

La llamada en la puerta la sobresaltó. No se movió hasta que volvió a oírla. Entonces se puso en pie, encendió un quinqué y salió del saloncito, justo cuando llamaban por tercera vez. Quedó detrás de la puerta. No sabía por qué, pero estaba asustada.

Se secó rápidamente las lágrimas que aún mojaban su rostro, y abrió.

Klaus Klingenberg quedó recortado contra la claridad de la luz de la luna en la explanada, alto y gallardo, bien vestido, correcto..., como correspondía a un caballero del Sur, aunque las circunstancias le hubiesen convertido en uno de los más hábiles pistoleros.

—Oh, Klaus, le agradezco su visita...

También llegaba un poco de luz desde el saloncito. Y a esa luz, Nina vio la atractiva sonrisa de Klaus Klingenberg.

—¿Puedo pasar? No creo que su reputación se resienta por eso...: ahora.

Nina se mordió los labios, mirando fijamente a Klingenberg. ¿Se proponía él ofenderla? Lo lógico era que no, después de haberla defendido en el rancho de los Morrell.

—Seguramente se resentirá más, Klaus. Pero creo que no importa eso. Pase:

—No estaré mucho rato —advirtió él.

Nina cerró la puerta y fue hacia el saloncito, seguida por el pistolero. Encendió otro quinqué, y todo tuvo mucho más agradable aspecto.

—¿Qué... qué le ha pasado en la barbilla, Klaus?

—Silverman me golpeó. Tiene unos puños muy duros, usted tenía razón, Nina.

La hermosa rubia palideció; sus ojos se agrandaron.

—¿Y Silverman? —musitó—. Me... refiero a qué pasó después de que él le golpeó.

—¡Oh! —Klingenberg volvió a sonreír—. Silverman se marchó, eso es todo.

—¿No está muerto?

—No... Por ahora, no. Pero creo que pronto morirá. Me dijo que iba a buscarme pronto... Está muy convencido de que va a poder matarme. Según parece, no se llama Silverman, sino Mike no sé qué...

—¿Gilyounger? ¿Le dijo que él se llamaba Mike Gilyounger?

—Sí —sonrió despectivamente—. Creo que lo hizo para asustarme. Pero yo no sé quién es Mike Gilyounger, así que...

—Fue un asesino... Y sigue siéndolo.

—¿Sí? Bueno, los asesinos son precisamente asesinos porque matan a quienes aún en inferioridad de condiciones con respecto a ellos. En mi caso, si Silverman me mata, no será un asesino, porque la pelea que puedo presentarle yo será considerable. En el tiempo que él necesite para subir la mano hasta su revólver, que lleva estúpidamente alto, en plena cintura, yo habré ya disparado... Pero no he venido para que hablemos de Silverman, Nina.

—Sí, lo supongo... Ya., creo que debo darle las gracias por haber salido en mi ayuda, Klaus.

Contra su correctísima costumbre Klaus Klingenberg se había sentado en uno de los sillones a pesar de que ella continuaba en pie. Lo vio dejar la fusta

sobre la mesita, siempre mirándola a ella muy sonriente.

—¿Por qué no se sienta, Nina? Tengo algo que contarle.

Nina obedeció, sorprendida por el comportamiento de Klingenberg, que la miraba burlonamente.

—Bien... Le escucho, Klaus.

—Es usted realmente hermosa, Nina.

Un relámpago de sobresalto e incredulidad pasó por los ojos de Nina Carrington. Pero Klingenberg se echó a reír.

—¡No piense en eso! Yo «sí» soy un caballero.

—Klaus, le ruego... No comprendo a qué ha venido...

—Realmente hermosa, sí. Me gustan sus cabellos, tan rubios y finos, y la forma de su boca y de su barbilla. Creo, sin embargo, que lo más bonito de usted, Nina, son los ojos, de ese color tan... increíble. Si a todo esto le sumamos la delicada belleza de su cuerpo, tan esbelto, tan suave, usted se convierte en un sueño, Nina... ¿No lo cree así?

Ella no contestó. No demasiado tranquila, se preguntaba a dónde iría a parar Klaus Klingenberg.

—Le voy a hablar un poco de mí, Nina —musitó Klingenberg tras una pausa—. No suelo hacerlo, pero quiero que usted sepa por qué hago las cosas... Verá: yo nací en Georgia, en una bonita mansión. Desde el primer día, mi padre me hizo comprender que yo debía ser un caballero. Hasta los quince años, me pareció un hombre duro, intransigente. Cuando tuve quince años, comprendí lo que él quería decir, y le agradecí que para entonces ya hubiese hecho de mí un auténtico caballero, porque me ahorraba el esfuerzo de empezar a aprender a serlo entonces. Todo esto quizá usted no lo comprenda muy bien, Nina, porque... Vamos, usted no ha vivido como yo, ¿no es cierto?

—Usted no es ahora...

—Sí, ya sé. Digamos que la vida de usted y la mía han sido al revés. Primero, yo fui un caballero, y ahora parece que no puedo serlo tanto, con un revólver siempre encima. Usted fue al revés: primero fue... Bueno, no fue una dama. Y ahora pretende serlo... ¿Comprende a dónde quiero ir a parar?

—No.

—Está bien claro, Nina —sonrió Klingenberg—: yo seré siempre un caballero, por muchas cosas malas que haga. Usted, por bien que se porte, a partir de ahora, jamás será una dama.

Nina Carrington se puso en pie bruscamente.

—Buenas noches, Klaus.

—Siéntese... Y déjese de tontas dignidades, que ahora a nada conducen. Continuaré un poco más con mi vida. Viví como me correspondía hasta los veintiséis años. Entonces, estalló la Secesión... Oh, naturalmente, estuve en ella. Y cuando terminó, me di cuenta de que todo..., absolutamente todo cuanto yo había tenido, se había consumido, en favor de la Confederación. Yo no había sido tan listo como otros, que supieron... mmmm... guardarse la retirada. Yo lo había entregado todo al Ejército de los Estados confederados. Creí que era mi obligación hacerlo, además de exponer mi vida por la causa. No era agradable ver a los hombres descalzos, hambrientos, rotos los uniformes, no tener armas ni municiones para luchar... Total, que el abril de mil ochocientos sesenta y cinco, Klaus Klingenberg era un oficial sudista sin más bienes que el revólver de reglamento. Naturalmente, yo no podía Volver a mi lugar, pues ya, sin dinero, no lo era. Y no podía recurrir a nadie. Entonces, Nina, me propuse recuperar aquello que había perdido. Vine a Texas. Durante un tiempo, fui jefe de una banda que asaltaba diligencias, bancos, tiendas incluso. Pero aquello no era para mí. Aquellos hombres estaban por debajo de mí. Comprendí que si continuaba con ellos no sería, más que un vulgar forajido, sucio y grosero. Entonces, decidí que lucharía yo solo para conseguir lo necesario para volver a Georgia. Llevo cuatro años así, Nina.

—¿Y ha conseguido lo necesario para volver a Georgia?

—Casi —sonrió Klingenberg—. Pero no se trata de eso exactamente. Yo pensaba volver como me fui: como un caballero. Y cuando empezaba a tener suerte, Nina, usted apareció por aquí.

—¿Y le he traído mala suerte?

—Pues... Bien: yo pensaba volver a Georgia con usted, Nina. Una señora. Una auténtica señora, que es lo que siempre me pareció, desde el primer momento —Klaus Klingenberg enrojeció violentamente—. Tenía pensado llevarla conmigo, darle todo cuanto me pidiese, salvarla de estos lugares salvajes. Y pensaba en lo orgulloso que estaría de usted cuando la presentase como mi esposa.

—Yo... no le di nunca esperanzas, Klaus. Usted lo sabe. Podía haber vuelto solo... En el Sur deben quedar todavía auténticas señoritas. Y estoy segura de que muy pocas dejarían de aceptarle.

—Yo la quería a usted. Y usted me ha engañado...

—Usted dijo que... Una vez me dijo que sabía distinguir a una señora a primera vista, Klaus. Se engañó usted mismo.

—Usted... Usted... Se ha burlado de mí. Todos se burlarán de mí ahora ¡Klaus Klingenberg, el caballero que salió en defensa de la Bella Loretta, cantante... y otras cosas del Radiant Monn, una taberna de lujo de Nueva Orleans! ¡El caballero que luchó con un borracho, que se puso en evidencia, por una mujerzuela...!

Nina Carrington volvió a ponerse en pie rápidamente.

—¡Klaus! ¡Salga de aquí! ¡Ahora... ahora mismo! Nada le pedí, nada le permití, jamás le hice creer que me inclinaba hacia usted. ¡Salga!

—Voy a irme enseguida, Nina. Pero antes quiero que sepa que le he contado todo esto para que comprenda los motivos que me impulsan a hacer esto otro...

Se había puesto en pie. Recogió velozmente la fusta que había dejado sobre la mesita, y cruzó con ella el rostro de Nina Carrington, tan fuertemente que ella cayó sentada de nuevo, con las manos cubriendo su rostro y un alarido de dolor todavía vibrando en su garganta.

Klaus Klingenberg la volvió a golpear, esta vez en un hombro. Nina Carrington pareció hundirse más en el sofá. Inmediatamente, otro fustazo la tiró al suelo; el vestido se rasgó en la espalda, mostrando tela blanca. Otro fustazo en el mismo lugar dejó al descubierto la bonita piel, muy blanca, marcada por una raya roja que primero aún fue más blanda que la carne.

Sin dejar de gritar, Nina Carrington intentó ponerse en pie, siempre protegiéndose el rostro con los brazos, cruzados ante él. Un fustazo allí marcó una profunda huella, pero Nina ni apartó los brazos. Klingenberg, descompuesto el rostro por una furia que incluso le impedía pensar, la agarró por uno de los brazos, intentando apartarlo, pero sólo consiguió derribar de nuevo a Nina, en el suelo. Allí, la fusta arrancó nuevos trozos de vestido, y marcó nuevos caminos rojos en la blanca y delicada espalda. Los verdugones, sin llegar a sangrar, parecían hincharse por momentos en un tono rojo y cárdeno...

Klaus Klingenberg dejó de golpear. Había sudor en su rostro, y una mueca implacable en sus labios. Poco a poco, en el silencio sólo roto por los sollozos de Nina Carrington, las facciones de Klaus Klingenberg fueron volviendo a la normalidad. Se secó el sudor con un limpiísimo pañuelo, cuidadosamente.

Estuvo mirando unos segundos a Nina Carrington, todavía. Luego, sin decir palabra, salió del saloncito, de la casa...

Nina Carrington quedó sola, tendida en el suelo, desgarradas sus ropas y lacerada su carne, tembloroso su pecho, crispada su garganta en el gran sollozo que aún no había brotado...

* * *

Los colmillos del lobo no pudieron dar ninguna dentellada, porque ninguna presa se puso ante ellos.

Los cuatro jinetes cabalgaron duramente, durante horas, a la luz de la luna, por Dead Creek Canyon, Cold Crossing, Hot Crossing, North Prairie, los pastos altos de Green Mountains, las cañadas, los arroyos...

No hubo disparos.

No hubo estampidas.

No Hubo nada.

Una hora antes del amanecer, los cuatro jinetes regresaron al ADK Ranch decepcionados, furiosos contra aquellos hombres que habían desaparecido justo cuando podían enfrentarse a enemigos que valían la pena.

Desmontaron desalentados ante el porche. Ed Sims, Hans Troyer y Darwin Jones estaban furiosos por aquella cabalgada que a nada había conducido, pero Hillel Silverman, además, se sentía desalentado.

Allen Kastein salió al porche al oírlos llegar, con un rifle en las manos. A un lado tenía al jovencísimo Claude Morrell y al otro a Roy Robinson, el muchacho de mirada cariñosa. Detrás de los tres apareció Florence.

Silverman subió al porche.

—Debiste ir a dormir, Allen. Y también debió hacerlo su hija. No hemos visto, nada.

—¿Y el ganado?

—Tranquilo. Ya no habrá más estampidas —sonrió torcidamente—. Por lo menos, de seis mil reses. Las han desperdigado completamente. Hay ganado en todos los sitios. El trabajo de dos largos y duros días ha quedado convertido en nada. Peor que antes, porque ahora está más desperdigado que cuando empezamos el rodeo. Para reunir todas las reses y ponerlas a punto de conducir la manada hacia el norte, tendríamos que disponer de un equipo de quince hombres, por lo menos, trabajando a un mínimo de diez días.

Allen Kastein tardó casi medio minuto en suspirar:

—¿Qué crees que debemos hacer, Hillel?

—Es cosa de pensarlo. Nosotros solos no podremos reunir ese ganado ni en un mes. Y no me parecería extraño que durante ese mes alguien se quedase por aquí para estorbarnos. Luego, no creo que Sims, Jones, Troyer y el chico, vayan a quedarse un mes haciendo el trabajo de vaqueros... No han venido para eso, Allen.

Darwin Jones soltó un gruñido.

—Bueno, hemos venido para algo, ¿no Silverman? Pues vamos a hacer ese algo, y... algo será algo.

Roy Robinson soltó una risita, ante el lío de palabras.

—Supongo que no estáis pensando en ir esta madrugada a buscar pelea.

—Tú te callas, niño, o te...

—Eh, eh, eh... Cuidadito con esa lengua, Darwin..., o se lo diré a mi papá.

Sims y Troyer se rieron, mirando de reojo a Jones, que parecía indeciso entre sacar el revólver o intentar darle una azotaina a un muchachote de seis pies de altura y hombros increíbles.

—Creo que antes iba a decir algo. Allen... ¿No?

—Bueno... Se me ocurrió que quizá el mejor negocio sería hacerle una visita mañana por la mañana a Klaus Klingenberg.

—¿Para qué?

—Pues... Podemos reunir los diez mil dólares del anticipo ese, y llevárselos...

Hillel Silverman miró incrédulamente a Kastein.

—Escucha: ya no estás desdentado —señaló a Sims y los otros—. Voy a decirte lo que haremos mañana por la mañana. Tú te quedarás aquí, al cuidado de tu hija..., y ella al cuidado tuyo. Escucha, escucha bien. Allen. Nosotros iremos a Banhart: Sims, Jones. Troyer, el chico y yo. Entonces, vamos a matar a Klaus Klingenberg y a esos pistoleros que él ha mezclado en el equipo de la Ungatex. Yo seré quien matará a Klingenberg. Pero habrá trabajo para todos, porque sé que él tiene allá unos doce pistoleros.

Hans Troyer, Ed Sims, Darwin y Roy Robinson sonrieron alegremente.

Pero Allen farfulló:

—Me dijiste...

—Espera, luego de muerto Klaus Klingenberg y sus pistoleros, voy a organizar un verdadero equipo de vaqueros que, por última vez, darán solidez a la Unión Ganadera y llevarán todas las manadas del condado hacia el norte. Y digo «todas». Eso quiere decir que el primer trabajo de ese equipo de la Ungatex, que, una vez eliminados los pistoleros constará de no menos de treinta hombres, será rodear el ganado del ADK, reunirlo con el resto, y salir hacia Kansas City. Recuperaremos esos anticipos dados a Klaus Klingenberg, cobraremos sólo tres dólares por cabeza, y sólo se perderán las reses que verdaderamente deban perderse en cualquier sentido, ya sea para comerlas por rotura de patas, o que se extravíen, o se mueran... La Ungatex va a funcionar

por última vez, pero de verdad; tal como la proyectó. Richter Byerly funcionará en beneficio de sus asociados. Y después esa organización desaparecerá, y así no tendremos más líos.

Roy Robinson se puso a aplaudir, y Hillel le dirigió una mirada asesina, que fue aceptada por el muchacho como una sonrisa cariñosísima.

—De acuerdo —murmuró Kastein—. Pero hay algo que quiero decirte, Hillel: yo iré con vosotros. Ya te dije que quería estar delante cuando mates a Klaus Klingenberg. Y no te molestes en decir nada porque yo voy a ir mañana con vosotros a Banhart...

—De acuerdo. Vendrás: así podrás lucir tus colmillos.

Sims, Jones y Troyer estaban satisfechísimos, contentos, pensando ya en el mañana que muy poco podía tardar. Pero Roy Robinson les echó encima un jarro de agua fría:

—Sus planes están muy bien, Silverman. Pero ¿qué pasará si es Klaus Klingenberg quien gana la pelea?

—Bueno... Tú espera a ver qué pasa, chico. Y luego, si perdemos la pelea, ya veremos qué hacemos. ¿Alguna vez has visto a alguno de nosotros en una pelea?

—No. Mi padre me ha contado.

—Cuentos, cuentos —rió Hans Troyer—. Tú espera a mañana, pequeño: Hillel tiene razón. ¿Qué hacemos? ¿Dormimos unas horas? Yo estoy reventado...

—Tenéis a vuestra disposición el barracón de los vaqueros —rió Silverman—. No creo que estéis estrechos. En cuanto a ti, Claude...

—¡Eh! ¡Que yo me quedo...!

—Nada de eso. Ve a tranquilizar a tu madre.

—Está bien: me iré a casa, ahora. Pero cuando vosotros lleguéis a Banhart, yo estaré allí... ¡Y haré lo que me dé la gana!

Fue hasta su caballo, montó, y se marchó sin despedirse siquiera.

—Éstos son los chicos que a mí me gusta conocer —bostezó Troyer—. Seguro que cumplirá lo que ha dicho. ¿Cuánto podemos dormir, Silverman?

—Siete u ocho horas. Ya no hay demasiada prisa... Bastará con llegar a Banhart al mediodía —sonrió siniestramente—. Como es domingo, estarán todos reunidos.

Darwin Jones, Ed Sims y Hans Troyer se alejaron en dirección al barracón de los vaqueros. Hillel Silverman murmuró algo y fue hacia su cabaña alejada unas cien yardas de la de los vaqueros.

—¿Vamos a dormir, Flo?

—Oh, sí... Enseguida, papá.

—Buenas noches, Roy. No tardes, Flo.

—Buenas noches... Casi buenos días, señor Kastein. Florence va a entrar pronto.

Pero Allen Kastein ya no le hacía caso, pues había entrado en la casa y se relamía pensando en su cama. Se sentía pesado, débil. Aquel maldito Bones tenía razón... En cualquier momento, su corazón podía pararse... Era mejor no pensar en aquello.

Afuera, Roy Robinson decía:

—¿No es una pena, señorita Kastein? Me refiero a que se me debió ocurrir venir antes a conocer al viejo Allen, porque habría llegado en un momento oportuno.

—Éste es un momento oportuno.

—¡De ninguna manera! ¿Puedo besarla?

—¡No! ¿Qué... qué dice...?

—¿Lo ve? Supongamos ahora que yo hubiese llegado cuando usted tenía diez años en lugar de veinte... ¿No habría podido besarla entonces..., de parte de mi padre?

—Usted es... un descarado, Roy...

—Eso dice mi padre —rió el muchacho—. Bueno, él siempre tiene razón. Me describió a su padre con toda exactitud. Y a esos cuatro asesinos. Apenas verlos comprendí que papá tiene los ojos para ver y el cerebro para pensar. La verdad es que ya me lo había demostrado en otras ocasiones. ¿Usted sabe quién es Mike Gilyounger?

—No.

—Bueno, tanto da. Yo me pregunto si Allen Donald Kastein fue inteligente cuando ayudó a sobrevivir a cuatro asesinos como pocos pueden haber. Supongo que él debió ver quizá alguna manchita blanca en esos negros corazones. Quizá exista la manchita, y sólo sea necesario encontrarla.

—¿Qué cosas más raras dice usted, señor Robinson!

—Antes me llamó Roy.

—Oh, bueno...

Roy Robinson puso una mano sobre un hombro de Florence, que se quedó como petrificada.

—Señorita Kastein: mi padre me dijo que usted, a los once años era una linda niña, y que ahora debía ser una maravillosa mujercita. Me dijo: «Roy, cuando la veas te vas a enamorar. Bueno, pues tienes mi permiso para casarte con ella. Entonces, yo me vendo este rancho miserable y podré irme a vivir

con el viejo Allen y con vosotros, a darme la gran vida. Y Allen no estará tan solo, porque cualquier día, ese cochino de Silverman se va a largar, y si su hija también se casase con otro que no fueses tú, el viejo se quedaría solo. Y está muy mal, lo sé, De modo que ve allá, vigila a los asesinos que él debe haber llamado, aunque me extraña y no poco, y cuando le hayáis solucionado sus apuros, te casas con la pequeña Florrie. Yo iré allá en cuento tenga bien esta maldita pata de mulo. ¿Me has entendido, Roy?». Yo dije: «Sí, papá». Y aquí estoy, pequeña Florrie.

—Oh, bueno... Yo..., yo...

—¿Se ha sonrojado, señorita Kastein? No puedo distinguirlo bien.

—Usted es... un impertinente. Eso es.

—Entonces, ¿le digo a papá que la pequeña Florrie no quiere casarse conmigo?

—Pero... ¿es que me está pidiendo «eso» sólo porque su padre considera que es una buena idea?

—¿Le parece mala, señorita Kastein?

—¡Sí! ¡Es una estúpida idea! ¡Y quíteme esa manaza del hombro!

—Caray, qué genio —Roy Robinson puso su otra mano en el otro hombro de Florence—. Dígame una cosa, señorita Kastein: cuando me vio..., ¿no sintió como un golpecito suave en el corazón?

—P-pues...

—Oh, poca cosa... Mi padre dice que a veces ocurre un hombre ve a una mujer... ¡y zas!, ya está listo. Se siente... Pues eso: como un pequeño golpecito cálido, como una sonrisa interior, muy dulce, muy tierna, y se piensa que todas las cosas anteriores no han tenido importancia...

—¿Cómo... cómo sabe eso...? ¿Se lo dijo su padre?

—Oh, no, señorita Kastein: eso lo sentí yo al verla a usted... Claro que si usted, señorita Kastein, no sintió, lo mismo...

—Bueno... Oh, bueno...

—Deje de decir «oh, bueno»... ¿Lo sintió o no?

—Pues... Oh, sí, Roy, yo sentí algo... algo así...

Las manos de Roy Robinson se deslizaron por los hombros de Florence Kastein hasta la nuca, y entonces la atrajeron hacia el muchachote de la sonrisa cariñosa, mirada bondadosa...

CAPÍTULO IX

Hillel Silverman empujó la puerta de su cabaña, y, como siempre desde hacía ya algunos años, sintió aquel profundo pinchazo de soledad que casi le causaba un auténtico dolor físico. Treinta y seis años de vida, con un pasado como el suyo, y con un presente y un futuro sin ningún objetivo, eran suficientes para que cualquier hombre, por enrevesado que fuese, sintiera aquel pinchazo profundo y cruel.

Encendió el quinqué, tiró el sombrero a la percha de detrás de la puerta, y se volvió hacia el camastro, quitándose el cinto dispuesto a dormir, a descansar de verdad aquellas siete u ocho horas.

Y no iba a poder hacerlo.

Ella estaba en la cama de él. Tenía la cara pegada a la almohada, sueltos los cabellos rubios. Estaba tapada hasta el cuello con la única manta. Le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos pese, a la inesperada luz del quinqué. Muy pronto amanecería, y Hillel se preguntó para qué habría encendido el quinqué, si realmente, no lo necesitaba. Conocía aquel cubil desde hacía nueve años: pequeño, siempre las mismas cosas y las mismas soledades.

¿Quizá... se había terminado ya la soledad?

—No... no le ha ocurrido nada, Hillel... Gracias a Dios —susurró Nina.

Silverman acabó de quitarse el cinto. De, pronto su rostro se tornó tan duro que podría haber impresionado a cualquier mujer.

—¿Qué hace aquí, señora Carrington?

—Me siento segura, Hillel.

—Márchese ahora. No alcanzo a comprender esta broma despiadada. Creí que era de otra manera.

—Soy como usted piensa, Hillel. Y espero que usted continúe siendo tal como yo siempre he creído que era.

—Salga de mi cama. No acepto nada de nadie. No quiero limosnas, ni recoger nada que alguien haya tirado. A pesar de todo quizá usted merezca otra cosa que la que parece estar dispuesta a vivir. Adiós.

—Hillel, se lo suplico..., déjeme quedarme con usted. No me eche de aquí...

Hillel Silverman había palidecido. En muchas noches de sueños solitarios, jamás se le ocurrió que aquello podría suceder. Y ahora que lo no esperado estaba a su alcance, no quería tenerlo. Se acercó a la cama y arrancó la manta y la sábana de un violento tiró.

—March...

Se quedó un momento con los labios torcidos, en mucho pronunciamiento de aquella palabra: Luego, los dientes apretaron fuertemente los labios.

Nina Carrington yacía boca abajo en el camastro, con la cara ladeada sobre la almohada. La espalda del vestido no existía ya más que en largos jirones de color azul. Toda la espalda de la mujer se ofrecía a su vista, cruzada varias veces por cárdenos verdugones.

Hillel Silverman se arrodilló junto a la cama, mirando incrédulamente aquel espectáculo tan inesperado.

—Por Dios... ¿Qué es esto, señora Carrington?

—Es... la obra de un caballero. A Klaus no le gustó enterarse de que había salido en tan acalorada defensa de una mujer como yo.

—Lo... lo... lo voy a... matar... Iba a hacerlo, pero ahora lo... lo...

La lengua de Hillel Silverman parecía haber perdido el control. El rostro estaba tan pálido que la cicatriz resaltaba como nunca al lado del ojo izquierdo.

—El cree que tenía razones para hacerlo, Hillel.

—¡Oh! ¿Sí? Bien: yo tengo razones para matarlo. Las tenía ya... Pero ahora... Ya no... no sé... ¿Por qué ha venido aquí?

—¿Quiere que me vaya?

—Espere... Espere, señora Carrington. Usted no está aquí por cualquiera de las malditas cosas que yo pensé. —Silverman alzó una mano, y uno de sus dedos pasó por encima de un verdugón, suavemente—. Esto debe dolerle de un modo horrible... ¿Con qué le pegó?

—Con una fusta.

—¡Con una fusta! ¡Igual que a un caballo..., igual que a un perro...!

—Yo... creo que no soy mucho, más que un perro para Klingenberg; Hillel: Él sabe ahora que no soy una señora, una viuda de un caballero del Sur.

—Señora Carrington, usted... usted... Me parece que debemos hacer algo por su espalda...:

Se puso en pie y salió de la cabaña. Regresó apenas tres o cuatro minutos después. Llevaba una sartén llena de algo que Nina no pudo ver muy bien.

—Es manteca... No se me ocurre nada mejor para aliviar esto... Quizá le duela un poco, pero es conveniente hacerlo.

Silverman hundió dos dedos en la manteca de vaca, y luego los pasó con toda la suavidad posible por los verdugones, uno a uno. Ella estaba pálida, pero no se quejó ni una sola vez. Por fin, las marcas quedaron engrasadas, y casi enseguida Nina comenzó a notar un relativo alivio. Silverman dejó la sartén a un lado.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Estaba sola, tenía miedo de que Klingenberg volviese... No sé. Sentí tanto miedo que busqué ayuda.

—Pero usted tiene vaqueros, una sirvienta, una cas...

—No había nadie en el rancho esta noche. Ya sabe... Sábado... Y luego esa fiesta de Jo Morrell. Los trabajos del rodeo iban bastante adelantados, y dejé que todos los vaqueros fuesen a divertirse. La sirvienta está en Banhart, con una hermana. No va a volver hasta el mediodía...

—¿Vino a pie?

—No, no... ¿No ha visto mi caballo?

—Habrá regresado a su rancho... ¿Por qué vino aquí, a mi cabaña, señora Carrington?

—Quiero estar con usted, Hillel. Quiero que sea usted quien esté junto a mí...

—Buscó mala compañía.

—¿Por qué? —Nina rió un poco, y se incorporó cuanto pudo, siempre boca abajo, ladeando más la cabeza—. ¿No cree que ahora su rostro y el mío se... complementan?

Hillel Silverman volvió a palidecer y a morderse los labios. Inconteniblemente, su mano avanzó, hasta detenerse muy cerca del rostro de Nina Carrington, cruzado diagonalmente por un verdugón oscuro en la mejilla izquierda.

—¿No cree que ahora estamos igual en todo, Hillel?

—No, no... ¡No!

—Los dos tenemos atrás una vida que nos gustaría olvidar. Los dos tenemos el rostro horrible...

—¡No! Espere... Escuche, señora Carrington... Eso no durará en su rostro... Quiero decir que... aunque tarde algún tiempo, desaparecerá esa

señal. Quedará... muy poca cosa. Igual que en la espalda. Creo... Creo que voy a ir ahora mismo a matar a Klaus Klingenberg.

Nina Carrington lo retuvo de una mano.

—Quédese conmigo —pidió—. No me deje ahora, Hillel.

—¿Qué más da ahora que en otro momento?

La mujer dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Comprendo —Hillel Silverman vio la lágrima que asomaba al ojo vuelto hacia él—. Ni siquiera valgo para usted. Oh, no es que quiera molestarlo. Tan sólo que... es triste comprender que una mujer puede no ser nada para un hombre que se llama asesino a sí mismo.

—No he querido decir...

—Antes de todo esto, yo ya pensaba en usted, Hillel. Me decía: «Ese hombre horrible, Hillel Silverman, es el que yo podría haber estado esperando...». Y nunca le dije claramente que lo amaba, Hillel, porque sabía que usted no querría aceptarme. Pero cuando esta noche, aquel borracho ha dicho quién era yo, he sentido una extraña alegría. He pensado que ya no era mucho para usted, que estábamos más igualados. He pensado: «Si Hillel me lo pidiese, o me lo hubiese pedido antes, yo me habría marchado con él; me marcharía con él, estaría siempre con él, donde fuese, y nada más tendría importancia. Hillel y yo no necesitamos nada, excepto el uno al otro. Ese hombre horrible, ese asesino, es el que yo espero ya, sólo él... Si él me lo pidiese, nos iríamos los dos, sin nada... Los dos nuevos, los dos distintos, los dos como si nada hubiese pasado ni antes ni nunca, como si ya nada pudiese pasar jamás. Los dos dejaríamos todo atrás, y aunque yo no viviese como una señora, aunque tuviese que llevar vestidos corrientes o pobres, aunque no tuviésemos un rancho, él y yo tendríamos un camino que recorrer, algo que todavía podría ser importante y bueno para nosotros. Si Hillel me pidiese que fuese pobre, que olvidase aquel dinero que gané, lo olvidaría, y si él me regalara un vestido cualquiera, y teníamos que comer en la pradera, todo sería mejor, y yo no querría nada más... Nada más». Eso es lo que yo pensé, Hillel, pero no esta noche sino antes, precisamente cuando usted no podía creerlo. Igual que ahora, que tampoco va a creerlo...

—¿Por qué no habría de creerlo? —murmuró él roncamente—. Al fin y al cabo, usted aún tiene mucho dinero, señor Carrington. Ese dinero, sea como sea, es legalmente suyo. Si está dispuesta a dejarlo por algo será.

—¿No cree que soy capaz de hacer eso por usted, Hillel?

—No lo sé.

—¿No me ama, como yo a usted?

—¿Qué puede importar? Lo cierto aquí es que, en efecto, yo sólo podría ofrecerle un vestido muy distinto al que lleva ahora, y las estrellas por techo.

—Me gustan las estrellas.

—¿Y el vestido?

—El vestido es usted quien debe comprarlo, Hillel..., si es que me ama. ¿Me ama?

—Señora Carrington: ¿realmente me ama usted a mí?

—Sí, Hillel. Pero no es desde anoche, lo repito.

—¿Desde cuándo?

—No sé exactamente... La primera vez que vi su rostro, esa cicatriz, me estremecí. Luego..., no sé cuándo ni cómo, me di cuenta de que me pasaba el día pensando en usted.

—Es un rostro difícil de olvidar.

—No era por eso. En realidad, en mis imágenes de su rostro, ni siquiera veía la cicatriz. Lo que más veía eran sus ojos, tan helados, tan fríos, sí... Tan fríos, que yo me he preguntado muchas veces si alguna vez podría haber calor en ellos, una mirada por la que una mujer pudiese comprender lo que hay detrás de ese brillo tan frío...

Hillel Silverman estuvo mirando durante más de un minuto, fijamente los hermosos ojos de Nina Carrington. Luego los rubios cabellos, la espalda lacerada, los labios. Por fin, poco a poco, su mano izquierda fue ascendiendo, hasta posarse en la cabeza de Nina Carrington; una mano tan grandota y fea que parecía un pedrusco aplastando una flor...

—Es mejor que duerma, señora Carrington. Si vino a buscar mi protección, la tiene ya. Nadie podrá hacerle nada aquí. No tiene que regresar ahora mismo a su rancho, si no quiere hacerlo.

—No... No quiero.

—Entonces, duerma. Yo me tenderé en el suelo, con una manta. Si quiere algo, pídamelo enseguida.

—¿Me quiere, Hillel?

—Duerma.

* * *

Cuando Nina Carrington abrió los ojos el rostro de Hillel Silverman apareció entre ellos. Pero inmediatamente se alejó, al incorporarse Silverman.

—Ha dormido seis horas —dijo él.

—¿Debo... marcharme?

—El que se marcha soy yo, señora Carrington. ¿Cómo se siente?

—No me duele mucho..., creo.

—No se confíe. Podrá vestirse, seguramente, pero la espalda le dolerá aún bastante tiempo.

—¿Va a matar a Klingenberg?

—Sí, eso pienso hacer.

—¿Y no quiere encontrarme aquí cuando vuelva?

—No sé si podré volver.

Nina Carrington se dio cuenta entonces de que Hillel Silverman no llevaba el revólver a la altura de la cintura, sino pegado al muslo, muy bajo, sujeta la funda por una tira de piel de vaca, muy tosca, todavía con pelo, improvisada.

—Volverás —dijo tuteándole repentinamente—. Por fin vas a mostrar los colmillos de lobo...

—Espere... Espere, señor Carrington; no soy yo el lobo. Ése es Allen y, en efecto, cuenta ahora con cuatro o cinco buenos colmillos. Cuatro seguros, no sé qué tal será el quinto, es demasiado joven, y no...

—No hables más, Hillel. Tú eres el lobo que ha estado escondiendo tus colmillos. Deja en paz al viejo Allen D. Kastein. Tú eres el lobo auténtico, el que ha estado intentando ocultar durante mucho tiempo sus colmillos. Deja de intentar engañarte a ti mismo, Hillel. Sólo tú eres el lobo de agudos colmillos. Ve y úsalos, sí. Y luego, vuelve.

Nina Carrington dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Entonces Hillel Silverman salió de su cabaña.

CAPÍTULO X

Claude Morrell, que había estado esperando, a caballo, en la entrada de Banhart, sonrió alegremente, y guió su caballo hacia el grupo de siete jinetes, uno de los cuales era Florence Kastein.

—Hola, Hillel. No falta nadie, ¿eh?

—Eso parece. Quiero que sepas que pasamos por tu casa a recogerte, pero no vimos a nadie.

—Claro. También mi familia está en Banhart. Mamá y Jo fueron al oficia. Creo que el reverendo tendrá que disculparme hoy, Hillel.

—Bien. Iremos a buscar a Klingenberg...

—Los hombres de Klingenberg, a poco que yo sepa distinguir a un pistolero de un vaquero, están en el Centaurus. Son anee. Y sé los nombres Walkar, Platt, Boomer, Pearson, Clauser, Sarkay, Egan, Jewson, Barnickle, Rawson... y Baker, que parece repuesto de tu paliza de anoche.

—¡Eh! —rió Troyer—. ¿No os dije que es un chico de los que a mí me gustan?

—Has sido muy oportuno, Claude —admitió Silverman—. De todos modos, creo que a quien tenemos que ir a buscar es a Klingenberg, Por si acaso luego no podemos hacerlo.

—El oficio terminó hace rato. Y mamá está con Klaus Klingenberg, en su hotel.

Hillel Silverman frunció el ceño, y miró hacia el «Red River Hotel», naturalmente el mejor de Banhart. No había nadie en la calle pues el grupo había hecho comprender rápidamente a la gente del pueblo que la cosa iba en serio.

—Entonces, Claude —dijo pausadamente Silverman—, creo que debemos esperar a que salga, ¿no?

—Gracias, Hillel.

* * *

Beatrice Morrell miraba a Klaus Klingenberg como si éste acabase de decirle que la Luna era cuadrada.

—No es cierto... No, no.

Klingenberg sonrió amablemente, y acabó de hacerse el lazo ante el espejo de su casi lujosa habitación. Se volvió hacia la mujer, y sonrió aún más.

—Lo es, Beatrice.

—Pero es... ¡Esto es horrible! ¡No puedo creerlo! ¡No, no puedo creer eso que me has dicho de Leonard Garvey, de vuestros planes, de que tú asesinaste a Richter Byerly, el hombre que fundó la Ungatex, de que pensáis quedároslo todo...! ¡No!

—Tú ya sabías algo de esto, Beatrice. Yo te lo confié. Dices que Garvey te habló de una futura y próxima herencia... Bueno: pues no existe tal herencia, Beatrice. Es, simplemente, que cuando yo cobre el importe de todo el ganado que la Ungatex ya a conducir pronto a Kansas City, desapareceré con ese dinero. Creo que, entre los anticipos y el importe del ganado sumará algo así como... Pongamos alrededor de un millón de dólares. Luego, los planes de Leonard Garvey son que nos repartamos ese dinero. Yo desaparezco, y él regresa diciendo que ya cobró la «herencia»... ¿No te parece muy inteligente?

—Eso... sería la ruina para todos los ganaderos del condado de Irion, Klaus.

—Desde luego. Pero tú ya sabías esto antes, Beatrice. Y no me dio la impresión de que te horrorizase tanto.

—Oh, pero antes...

—¿Antes creías que tú estarías siempre a mi lado?

—¡Sí!

—Lo siento. Nunca fue ésa mi intención. No creas que es por lo de Nina Carrington, no. Yo tengo mis planes... Regresaré a Georgia; compraré una plantación... ¡Se pueden hacer tantas cosas con medio millón de dólares! Supongo que me casaré. Allí habrá tantas damas auténticas que espero no engañarme otra vez... Tú no encajarías en Georgia, Beatrice: eres demasiado... tosca.

Beatrice Morrell comenzó a retroceder hacia la puerta.

—Entonces..., yo voy a salir a la calle... Voy a decir a todo el mundo lo que me has contado. Y diré... diré lo que nunca hubiese dicho si tú no me hubieses abandonado... ¡Lo voy a decir todo!

Klaus Klingenberg, impecable con su bata de seda azul, su viril y atractivo rostro recién afeitado, el olor a loción, el gallardo cuello musculado al aire, cogió un cigarro de una caja y se dejó caer en un sillón. En la mesita había una botella de *whisky* de Kentucky, un gran vaso, y una jarra de plata con trozos de hielas se sirvió *whisky*, añadió un poco de agua, un par de trozos de hielo...

Alzó el vaso.

—Vivir bien, Beatrice... ¡cuesta tanto dinero! Sé muy bien el valor del dinero. Pasé una guerra, la ruina de mi plantación, arios duros... ¿Te parece que yo puedo ser un ganadero? Si hay algo que deteste es el olor a vacas y a vaqueros. Me horripila esta brisa tejana que sopla por las noches en la pradera, las calles de estos pueblos llenos de polvo, el olor a cerveza... Odio esas matas de colores azules y amarillos o morados que vosotros llamáis madreselvas, o rojas, o creosotas... y nombres así... Vuelvo la cabeza cuando las veo. A veces están cubiertas de polvo. Me fastidian esas serpientes de colores azules y amarillos de las mesetas, y vomitaría cada vez que tengo que beber o comer con alguien a mi lado... ¡Pero en Georgia...! Todos los campos son blancos y verdes, plantación tras plantación. Hay algodón y tabaco, que no huele mal. Hay hermosas mujeres que saben conversar, bailar, reír, comer... Los hombres van siempre afeitados, saben comer, jugar... Nadie huele a ganado, a estiércol excepto algunos de los negros de las cuerdas... No hay polvo, y las flores son más bonitas, de colores más claros y suaves, de hojas más grandes y tiernas, porque no tienen que luchar contra el viento y el polvo... Aquí los vaqueros cantan canciones horribles, y saltan como locos. Allá, nosotros enseñamos música a algunos negros, y bailamos suavemente, girando, girando... Se ven los hombros de las mujeres, su garganta... Y no están quemadas por el sol, ni arrugadas por el viento, ni reseca por el polvo... ¿No puedes comprender esto, Beatrice? ¡Yo debo regresar allá!

—Voy... voy a decirlo todo... Se lo diré a Adcock, a Crawles... ¡Se lo voy a decir a Silverman!

—Adiós. Sentiré no poder asistir al entierro de tus hijos, querida Beatrice.

La mujer tuvo que apoyarse de espaldas en la puerta, pálida como un cadáver.

—¿Qué...? ¡Dios mío! ¿Qué has... dicho?

Klingenberg bebió un sorbo de *whisky*, y se quedó mirando el vaso.

—Al principio —comenzó a hablar—, después de lo de anoche, pensé en matarte a ti, Beatrice, para que no dijese lo que te había contado. Era de

suponer que algo harías, puesto que también tu ganado y tus diez mil dólares van a pasar a mi bolsillo y al de Leonard Garvey... Oh, por cierto, te aconsejo que aceptes a Garvey... Sería una buena solución para ti. Ya, pensé en matarte a ti, de un modo que pareciese... suicidio por amor —sonrió otra vez—. Pero me pareció una cosa muy torpe y comprometedora. Por eso, Beatrice, te advierto que si estropeas mis planes, ordenaré que maten a Jo y Claude.

—¡No! —clamó ella, en un grito desgarrador.

—Bueno, en tus manos está. Adiós, Beatrice.

—No, no..., Klaus, tu no vas a ordenar eso...

—No tengo ningún interés.

Beatrice estuvo unos segundos mirando fijamente a Klaus. Luego, en silencio, dio media vuelta y abandonó la habitación. Klingenberg permaneció tal vez un par de minutos pensativo antes de acercarse a la ventana y asomarse. Justo en aquel momento seis jinetes se detenían en la calzada, muy cerca de la acera opuesta a la del hotel, formando un semicírculo, y cuando reconoció a Silverman y comprendió el significado de aquel semicírculo, el vaso estuvo a punto de caer al suelo.

Lo apuró de un trago, se quitó la elegante bata de seda, y se colocó el revólver. Luego, se puso la chaqueta, recogió el rifle del armario, y regresó ante la ventana. La abrió un poco, metió el cañón del rifle por la abertura, y apuntó a Hillel Silverman, que estaba desmontando.

Esperó a que pusiese ambos pies en tierra, y entonces apretó el gatillo.

Hillel Silverman saltó hacia atrás como si diez hombres hubiesen tirado a la vez, bruscamente, de una cuerda atada a su cintura. Cayó de espaldas contra el borde de la acera de tablas, y luego rebotó violentamente hacia el polvo de la calzada, donde quedó inmóvil, tendido boca abajo.

Ni siquiera había pasado un segundo cuando la ventana desde la que había disparado Klingenberg estallara bajo los impactos de varios balazos simultáneos. Pero Klingenberg ya se había apartado de allí, y sonreía ante la magnífica perspectiva de haber matado a Hillel Silverman.

Luego, se acercó de nuevo a la ventana, y gritó:

—¡Sarkady, matadlos a todos! ¡Vienen a por nosotros!

Sabía que los pistoleros de la Ungatex estarían ya en la calle, o poco menos, para entonces, atraídos por los disparos... Solo tenía que esperar a que sus hombres acabasen con aquellos desconocidos, incluso con Allen Kastein. Luego, vencedor, saldría a la calle... incluso podía empezar ya a bajar, puesto

que desde allí veía a Rawson ya fuera del Centaurus, corriendo hacia Kastein y los suyos...

* * *

Ed Sims alzó el revólver por encima de su cabeza, como agitándolo, y Rawson saltó por el aire, dando una vuelta sobre sí mismo antes de caer de bruces en la calzada.

—¡Pero qué tipo idiota...! —rió Sims.

Un balazo que le arrancó el sombrero y lo sorprendió le hizo comprender que, aunque idiotas, los hombres que estaban delante tenían armas. Saltó del caballo y corrió detrás del jadeante Jones, hacia el abrevadero que estaba a menos de diez yardas. Antes de llegar a él, Darwin soltó un chillido, saltó en el aire también, y cayó detrás del abrevadero, llenándose de polvo.

—¡En, Darwin! ¿Qué te pasó?

—¡Me han dado en una pierna! ¡Malditos cochinos...!

Sims volvió a reír. Sacó el revólver por una esquina del abrevadero, y, recordando donde estaba la ventana del Centaurus Saloon, muy próximo al Red River Hotel, disparó rápidamente el resto de la carga, sin mirar. Ni una sola bala dejó de acertar la ventana, que ya no era más que un boquete bordeado de trozos de vidrio.

Luego, mientras recargaba el revólver, miró hacia su derecha. Allen Kastein había saltado tras la protección de dos toneles que había ante un bazar, y desde allí tiraba sin descanso contra el saloon.

Hans Troyer se había quedado junto a Roy Robinson, el cual no parecía haber disparado aún un solo tiro: el revólver continuaba en la funda.

—¡Vaya! Parece que el chico no tiene tantas narices como su padre. ¿Eh, Darwin? Oye: ¿es que te duele?

Jones acabó de anudar el pañuelo en su pantorrilla, y miró torvamente a Sims.

—Pon tu pata que le haga un arreglo y lo veras, grulla. ¡Eh...!

Dos hombres más salieron corriendo del saloon, disparando a toda prisa sus revólveres hacia los toneles tras los cuales se había parapetado Allen Kastein.

Darwin Jones acertó a uno en el vientre, y Hans Troyer le reventó la cabeza al otro. El que había recibido el balazo en el vientre rodó por el polvo, y cuando Sims se alzaba ligeramente por encima del abrevadero para tirar a

rematarlo, se lo encontró a menos de cuatro yardas, descompuesto el rostro, crispada una mano en el vientre, pero un revólver en la otra.

—¡Darwin...!

Darwin no pudo disparar contra aquel hombre, al mismo tiempo que Sims, pero ya Jewison había disparado también, y su bala se llevó un trozo de piel del arrugado cuello de Ed Sims, que lanzó un chillido brevísimo, incontenible.

—¡Habría que sacarlos de ahí! —gruñó Darwin Jones.

—Ya saldrán.

—¡Qué diablos han de salir...! Tres que han salido, tres que ya están comiendo polvo.... ¿Vamos a creer que esos tipos son cada vez más idiotas? —Sims estaba colocándose un pañuelo sobre la herida del cuello, y Darwin preguntó, con una risita—: Oye: ¿es que te duele?

De pie detrás de un carro, Han Triyer y Roy Robinson disparaban velozmente hacia el saloon como si dispusieran de un millón de balas que había que gastar cuanto antes. Detrás de los toneles, Allen Kastein disparaba también, pero al tercer disparo salió y corrió hacia donde yacía Hillel Silverman. Se arrodillo a su lado, mientras con la mano libre volvía boca arriba a su capataz.

—¡Si serás idiota...! —masculló Silverman.

Allen Kastein no tuvo tiempo ni de asombrarse, porque una bala le arrancó el sombrero, otra le llenó la cara de astillas del borde de la acera de tablas, y otra se clavó en su hombro, derribándolo de espaldas.

Casi al mismo tiempo, por la ventana del saloon aparecía un hombre, soltando el revólver. Cayó sobre la acera de tablas, y rebotó hasta tres o cuatro pies más allá.

—¡Eh! —gritó Troyer—. ¡Ése lo cacé yo, Sims, pataloca...!

¡Biiinggg...!

Hans Troyer, que se había descuidado al gritar tan eufóricamente, giró sobre sí mismo a increíble velocidad, tropezó de cara contra Roy Robinson, y cayó pesadamente al suelo.

—¡En, chico! —te gritó Sims—. ¿Han matado a Hans?

—¡No! Pero le han hecho un bordado en una oreja y casi le han abierto la cabeza hacia atrás... ¡Protejamos a Silverman!

Hillel Silverman tuvo un pensamiento de elogio hacia Robinson, el único que se había dado cuenta de su situación. En cuanto el muchacho y Sims y Jones, comenzaron a disparar a todo gatillo contra el saloon, Hillel se puso de

rodillas, agarró a Kastein por las solapas de la chaqueta y tiró de él hacia detrás de los toneles.

Cuando llegó allá, le echó un vistazo a la herida.

—¿Qué diablos te proponías? —gruñó.

—Creí que te habían dado...

—¡Claro que me dieron! Ése fue Klingenberg, pero ¿qué querías? ¿Qué me moviese mucho para que supiesen que estaba vivo y me llenasen de plomo de verdad? Estaba esperando el momento mejor para saltar de allí hecho un pazguato...

—¿Dónde... te han dado?

—Más o menos donde a ti —se señaló el hombro izquierdo, donde el paño de la cazadora aún absorbía bien la sangre, pero yo podré seguir volando con un ala, y tú vas a quedarte aquí.

—Yo iré...

—¡Escucha! Florence empieza a tenerme aprecio, ¿no? ¿Quieres que ahora me diga que su padre murió por culpa mía? ¡Pero qué diantres has de morir tú! Morirás cualquier día, tan tranquilo, tomando café o algo así... Aunque me pregunto si es cierto eso del corazón. Ese Bontjes debe estar loco... ¡Eh! ¿Adónde vas chico?

Roy Robinson se había despegado del carro, y pasó por delante de los toneles corriendo, bien enfundado el revólver.

Se oyó la voz de Sims.

—¡Eh, pequeño, no corras tanto...! ¡Menudo valiente!

Dos balazos de rifle atravesaron el abrevadero de parte a parte, pese a la contención del agua, que frenaba las balas de revólver. Un fino chorrito cayó en una oreja de Sims, que se desahogó disparando seis veces seguidas contra el saloon.

Roy Robinson regresaba, pero a caballo, por el centro de la calle, disparando con rifle contra las ventanas del saloon. Cuando pasaba ante éste, en lugar de apretar las espuelas contra los ijares del caballo, lo orientó hacia el saloon, siempre disparando con el rifle.

—¡Chico! —aulló Jones—. ¡Ven acá, maldito, que tu padre nos querrá cortar las orejas...!

Pero Roy Robinson había saltado ya hacia el alero del porche del saloon, delante mismo de la ventana. Darwin gimió ante lo que tenía que ocurrir inevitablemente, pero no ocurrió. Roy péndulo una sola vez, y a la segunda se colocó sobre el tejado del porche. Todo tan rápido que cuando desde dentro comenzaron a disparar, y el porche se reventaba hacia arriba, formando

surtidores de astillas, él ya se había colado por una ventana dentro del piso alto del saloon. Darwin Jones sacó un sucio pañuelo, y se limpió las enormes gotas de sudor que habían brotado en su frente.

—¡Por el canalla de mi padre al que Dios haya perdonado las palizas que me atizó...! ¿Tú has visto eso?

—Llena eso de balas. Ahora el chico nos lo va a empujar hacia la calle... ¡Hans!

—¿Qué hay?

—¿No estás muerto?

—Un trozo sí y un trozo no. ¿Y el chico?

—Olvídalo ahora. Y apunta hacia el saloon.

Hans Troyer empezó a maldecir cuando se dio cuenta de que le faltaba un trozo de oreja. ¿Cuánto rato había pasado desde que le hirieron? Lo que menos podía imaginarse era que su desvanecimiento momentáneo apenas había durado quince segundos.

Pero allí las cosas sucedían con demasiada rapidez...

—¡Qué salen...!

Cuatro hombres salieron a la calle, a la desesperada, tirando contra todo lo que veían. Lo malo para ellos fue que Hans Troyer, Ed Sims, Darwin Jones y Hillel Silverman no los podían ver tan bien como les hubiese convenido.

En un instante, los cuatro quedaron acribillados, girando sobre las puntas de los pies, chocando unos contra otros, cayendo en el polvo, sobre boñigas, en el borde de la acera...

Dentro del saloon sonaban disparos. Un hombre salió por la ventana, de espaldas, llevándose los pocos cristales que quedaban.

—¡Cúbreme, grulla! —gritó Jones—: ¡El chico está ahí dentro con dos...!

Darwin Jones llegó, jadeante, ante la ventana del saloon, en el momento en que Roy Robinson, desde lo alto del mostrador, disparaba certeramente contra un hombre que se escondía tras una mesa de monte. Mientras el hombre caía hacia atrás, el último disparaba contra Roy y, también al mismo tiempo, Darwin metía dos balazos en el pecho del último.

—Eh, chico, ¿estás bien?

Desde lo alto del mostrador, Roy Robinson fue lanzado, girando, contra el espejo del bar, reventándolo con la espalda, y llevándose al caer dos alacenas de botellas. Darwin corrió hacia allá, y comenzó a sacar todo lo que el muchacho tenía encima.

Desde la puerta, la voz de Hans Troyer y Ed Sims preguntaban:

—¿Estáis vivos o no?

Roy Robinson se puso en pie. El brazo le colgaba hecho una lástima de sangre, que empapaba rápidamente la camisa, ya que Roy no llevaba cazadora sino chaleco. Con el brazo señaló algunas de las botellas.

—Yo pago —dijo.

Jones, Sims y Troyer se miraron.

—De acuerdo —masculló Darwin Jones, por los tres—: puedes decirle a tu padre que no lo hemos echado de menos. Y ahora, mejor que beber, es preferible que salgamos a ver qué pasa por ahí.

Sólo pasaba que en la calle habían muertos para escalofriar a cualquiera.

Y que en aquel momento, Klaus Klingenberg salió del hotel y Hillel Silverman bajaba a la calzada cada uno en una acera, frente a frente.

—Esto será bueno —murmuró Sims.

* * *

Klaus Klingenberg comprendió que todo estaba perdido. No saldría vivo de Banhart, pero antes podría demostrar a todos que no era un cobarde. Veía ante él a Hillel Silverman, y se dio cuenta de que éste mostraba una novedad: su revólver muy bajo en el muslo derecho.

—¡Klingenberg! —llamó Hillel.

Klaus tomó su revólver, carraspeó elegantemente y bajó también a la calzada.

—Adelante, Silverman —dijo—. Deme la sorpresa de matarme, de ser más rápido que yo.

Hillel Silverman sonrió siniestramente.

—Voy a demostrarle que soy más rápido que usted, Klingenberg —su voz resonaba claramente en la solitaria calle—, pero no voy a matarte... tan de prisa. Sólo voy a herirlo. Luego lo azotaré, y por último lo voy a llevar a Vado Callente, lo dejaré ciego, y esperaré, a prudente distancia, a que los cuervos lo devoren... Eso es lo que voy a hacer con usted.

Klaus sonrió despectivamente.

—De acuerdo, Silverman. Vamos ya... ¿Qué está esperando? Yo voy a ir por mi revólver ahora mismo...

Fue.

Klaus Klingenberg movió velozmente la mano derecha, tocó el revólver, lo sacó... Entonces, giró sobre sí mismo al recibir en el hombro derecho la bala disparada por Hillel Silverman. El revólver saltó hacia un lado, y Klingenberg cayó de espaldas en los dos escalones que llevaban desde la

calzada a la acera de tablas del Red River Hotel. Quedó inmóvil, sin moverse. Por un instante su mirada fue hacia el revólver, pero comprendió que jamás conseguiría llegar hasta el arma.

Alzó la barbilla y esperó.

Hillel Silverman volvió a sonreír siniestramente. En su mano derecha, el revólver, todavía horizontal, despedía una fina hilacha de humo gris-blanco.

—Esto se acabó, Klingenberg, se lo advertí. Póngase en pie, y camine hacia su caballo.

Klaus Klingenberg comenzó a ponerse en pie. Cuando ya casi estaba en esa posición vio, detrás de Silverman y a la izquierda de éste, a Leonard Garvey, con un rifle en las manos, mirándolo fijamente... ¿Dónde había estado...?

—¡Garvey, no...!

Quiso apartarse, tirarse al suelo, pero Leonard Garvey apretó el gatillo de su rifle, y Klaus Klingenberg volvió a saltar hacia atrás, con mucho más impulso. Pareció rebotar contra los escalones de nuevo, como dispuesto a continuar en pie. Pero otro balazo del rifle de Garvey lo abatió una vez más, ya en la acera de tablas, delante mismo de la puerta del hotel.

No se movió más.

Entonces Leonard Garvey se dio cuenta de qué Hillel Silverman, el hombre de la sorpresa final con un revólver sobre el muslo, lo estaba mirando fijamente, en silencio. Y otros hombres más, que no conocía, todos heridos, y que habían salido del Centaurus. Y Allen D. Kastein, sentado junto a uno de los toneles. Y los Morrell que corrían hacia allí, encabezados por el belicoso Claude. Y Florence Kastein, que corría junto a Beatrice y Jo...

—No debió intervenir —masculló Hillel.

—¡Pero... merecía la muerte...!

—La muerte que yo iba a darle, Garvey, no la que le ha dado usted.

—Escuche... Les he ayudado, ¿no? Klingenberg era muy peligroso... Él podía haber disparado... contra alguien... ¿Eh? Era un hombre muy rápido... ¡Les he ayudado!

Los Morrell y Florence se detuvieron a menos de doce yardas.

—¡No le crea, Silverman! —jadeó Beatrice Morrell—. ¡Él y Klaus querían robarnos a todos! ¡Y ha matado a Klaus para que no pudiese decirle a usted...!

—¡Beatrice! —aulló Garvey—. ¡Cállese!

—¡Él y Klaus mataron a Byerly, para robarnos a todos...! ¡Me lo ha dicho Klaus, es cierto...!

—¡Por Dios, Beatrice, cálese, cálese...! —casi sollozó Garvey.

—¡Y ahora ha matado a Klaus, a mi Klaus...! ¡Igual que mató a Byerly, y que mataría a cualquiera...!

—¡Beatrice...! —aulló Garvey.

Movió el rifle hacia la mujer, pálido, desencajado el rostro, pero decidido a disparar.

Y entonces, Claude Morrell sacó su revólver, lo adelantó, pasó el canto de la mano izquierda sobre la cabeza del percutor, y apretó al mismo tiempo el gatillo, Leonard Garvey se movió como si quisiera lanzar lejos de sí el rifle, giró sobre ambos pies, y cayó de bruces sobre las tablas, con un balazo en el centro del pecho. Claude miró como asustado su revólver incrédulo...

Hillel Silverman se acercó a Garvey, lo volvió boca arriba, y le miró la herida.

—Me parece, Garvey, que es usted el que no va a morir... de momento. Se van a ocupar de usted, ahora. Y espero que le cuelguen bien alto..., hasta que el diablo acuda en busca de su alma.

Se puso en pie, y vio a Claude a su lado, pálido.

—No te asustes —sonrió Silverman—: no lo has matado.

—Ti... tiré al hombro... al hombro, no al... al pecho... Él iba a matar... a matar a mi madre...

—Si la conciencia va a remorderte así, Claude, es mejor que olvides el revólver.

—¡No! Yo he comprendido que lo necesitaré... para cualquier ocasión como ésta... Él iba a disparar contra mi madre... ¿Verdad, Hillel?

Todo estaba ya lleno de gente, acudía el doctor Bontjes, el alguacil Adcock asomaba su nariz...

—Iba a disparar contra tu madre, Claude. Eso lo ha comprendido incluso tu amigo Sammie, que nos está mirando ahora desde la otra acera. Quizá será mejor que... que no le digas nada hasta que él haya comprendido...

—Lo... lo haré así...

La áspera voz de Troyer se oyó junto a ellos.

—Creo que Mike Gilyounger no morirá nunca, Hillel Silverman.

—Te equivocas, Hans. Va a morir dentro de muy poco.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Haced lo que se tenga que hacer. Ya me contaréis lo que sea. Ahora yo... tengo prisa...

ESTE ES EL FINAL

Nina salió de la cabaña justo cuando él desmontaba ante el pequeño porche. Ella quedó en el umbral, mirándole con los ojos muy brillantes.

—Me has esperado —susurró él.

—Has vuelto, Hillel... —susurró ella.

—Bueno... dentro de unos pocos días, yo quizá decida ir a otro sitio, lejos de aquí. Mike Gilyounger tiene que morir de una maldita vez, y... Bien: si me voy de aquí sólo tendré las estrellas por techo y... y unos pocos dólares..., muy pocos...

—Si yo me voy de aquí, Hillel, no tendré ni un centavo. No me llevaré el dinero que gané siendo la Bella Loretta. ¿Es eso lo que querías saber?

—Quería estar seguro... Quiero... Nina, yo me alegré anoche, cuando supe... cuando aquel hombre dijo quién habías sido... Creo que te acercó a mí. Yo... Tú tendrás cosas que reprocharme a mí y yo tendré cosas que reprocharte a ti, y así...

—¿Y no sería mejor, Hillel, que tú no me reprochases nada a mí, y yo no te reprochase, nada a ti?

—¡Eso es lo que yo quiero...!

—Pues así lo haremos. ¿Cuándo partimos, Hillel?

—Cuando tú estés en condiciones. Dos, tres días...

—¿Adónde iremos?

—¿Qué importa eso?

—Nada —rió ella.

Hillel Silverman descolgó el paquete que llevaba sujeto a la silla de montar. Quitó el papel, y dejó al descubierto una caja de cartón. Abrió ésta, y la dejó caer al suelo, quedándose en una sola mano el contenido de la caja: un vestido.

Nina se dio cuenta de que el hombre la estaba mirando con fijeza escrutadora, y supo que de lo que ella dijese entonces iba a depender todo su futuro.

Por eso dijo:

—Es un bonito vestido. Gracias.

—No sé si lo has mirado demasiado bien, Nina. No es tan bonito como los que has tenido hasta ahora. Es un vestido más bien fuerte, porque tendremos que cabalgar mucho, quizá, y porque no podremos comprar a menudo vestidos... Tiene que durar bastante... Es un vestido que no desentona con el techo de estrellas, Nina.

—Lo sé —sonrió ella—. Pero sigue siendo un precioso vestido, Hillel.

FIN